

cesa de Astúrias, y sabia bien Esquilache que él no era santo de la devocion de aquella señora.

Esquilache, por medio de su policia secreta, estaba al corriente de lo que María Luisa creia un secreto para todos.

Cierto es que, por las apariencias, todo el mundo habia creido, antes de que fuese, lo que despues fué; esto es, que María Luisa se habia hecho la amante del hermoso, rico é ilustre conde de la Salmedina.

Pero las murmuraciones de la córte no podian hincar el diente en un hecho determinado, ni podian llegar hasta los detalles.

Esquilache sabia algo más que lo que pretendia saber todo el mundo.

Su policia penetraba hasta en los rincones de palacio.

El marqués de Esquilache sentia el ódio de María Luisa.

A pesar del conde de la Salmedina, el dia anterior al casamiento de éste con la bella princesa de Otranto, habia investigado algo más, habia profundizado y habia llegado á traslucir la entrevista de Salmedina con la princesa de Astúrias en el Pardo.

Para Esquilache era indudable que la princesa de Astúrias habia casado á su favorito con la princesa de Otranto, á la cual habia hecho su dama de honor, al mismo tiempo que su marido habia sido nombrado su gentil-hombre.

El objeto de ésta era clarísimo.

Para Esquilache, este objeto no era otra cosa.

que la aproximacion de Salmedina á la princesa sin que pudiese producir escándalo, puesto que nadie podia sospechar nada de un hombre casado, y con una tal mujer y tan hermosa como Margarita.

Debía repugnar á todo el mundo la creencia de que una dama tal como la princesa de Otranto consintiese género alguno de amistad entre su marido y una mujer cualquiera, aunque esta fuese una princesa.

Y creer que si existia algo entre el conde de la Salmedina y la princesa de Astúrias, podia pasar desapercibido á los ojos de Margarita, era un absurdo.

Porque nadie hay que vea más ni que tenga más olfato que los celos de una mujer.

Además de esto, el apasionado amor de Margarita por el conde de la Salmedina, y el de éste por Margarita, era patente, lo conocia todo el mundo.

Los esposos no podian estar mucho tiempo el uno á la vista del otro, sin que una mirada involuntaria, ardiente, inmensa, fuese á cruzarse entre ellos.

Esto era disimulable: estaban en la luna de miel, y por más que querian cubrirse por las conveniencias, su corazon podia más que ellas.

¿Cómo, pues, suponer que existiesen relaciones criminales entre la princesa de Astúrias y el conde de la Salmedina, cuando éste estaba enamorado hasta las entrañas de su mujer, y su mujer de él, y ambos pertenecian á la servidumbre?

Pero Esquilache era más conocedor del mundo.

Esquilache veia cabalmente en aquello un medio para encubrir los amores de la princesa y del conde

á costa de Margarita, á quien sin duda se engañaba: tal vez se engañaba también á la princesa, y el conde era un hombre completamente afortunado en amor, puesto que poseía una mujer tal y tan admirable como Margarita de Sacy, y por otra parte gozaba los amores de una mujer tan encantadora como la princesa de Astúrias.

Esquilache estaba en guardia.

Salmedina no habia dado señal alguna de ambicion política. No pertenecia á ningun partido, era simplemente un rico grande de España, infatuado con sus blasones y apartado completamente de la política.

Si mandaba un regimiento de la guardia walona, esto era porque le daba más importancia en la córte, y sobre todo por tener algo en que entretenerse.

Además de esto, el conde de la Salmedina tenia un verdadero espíritu militar.

Habia llegado á capitán general, no desde los últimos grados de la milicia, porque en aquellos tiempos se podia ser capitán ó coronel simplemente con equipar una compañía ó un regimiento. Y tanto más cuanto el que la ocupaba era un grande de España.

El conde de la Salmedina habia empezado por equipar un regimiento de caballería.

Rápidamente, y á causa del favor de que habia gozado en la córte por la admirable condicion de su carácter, se le habia hecho brigadier, mariscal de campo, teniente general, capitán general.

Era tal vez el capitán general más jóven del



ejército; pero á nadie se le habia ocurrido pensar que el conde de la Salmedina no llevaba dignamente sus tres entorchados sobre sus tres galones de coronel con mando.

Tuvo el capricho de mandar uno de los dos regimientos de la guardia walona, y apenas vacó, bastó con que se insinuase á Esquilache, de la manera con que era necesario insinuarlo respecto á aquel hombre de estado, para que éste se apresurase como ministro de la Guerra á conferirle el mando del segundo regimiento de la guardia walona.

La insinuacion habia costado al conde de la Salmedina medio millon de reales, convertidos en diamantes para la interesante Angélica, dignísima esposa de Esquilache.

Estas relaciones de la princesa con el conde, esta aproximacion del conde á la princesa, las visitas que alguna vez un personaje misterioso hacia á María Luisa, el estado de los negocios públicos, todo esto hacia que el marqués de Esquilache viese un peligro en aquellos amores de la princesa con un hombre riquísimo, bravo, y que á más de esto tenia bajo sus órdenes uno de aquellos enormes regimientos de infantería que constaban de tres mil seiscientas plazas, como si dijéramos una brigada.

Y á más de esto, una brigada de gente escogida, buscada generalmente entre soldados veteranos.

Un regimiento de la guardia walona podia ser de grande importancia en la córte en un momento dado.



El conde de la Salmedina estaba, pues, estrechamente vigilado por el marqués de Esquilache, y éste sabía con rabia que Salmedina estaba frente á él en cuanto podia, empezando por gastar sombrero gacho y capa larga casi constantemente.

Sabía que con esto irritaba al valido; y no perdonaba ocasion de irritarle.

Calcorra, como sabemos, era el último espion que Esquilache habia puesto al lado del conde de la Salmedina.

Por esta razon, cuando Esquilache vió que de la cámara real salia la princesa de Astúrias con el rostro radiante como el de quien ha conseguido el objeto que se proponia, lo temió todo, y lo temió mucho más cuando al entrar á despachar con Cárlos III le encontró alterado, sério, severo y en muy mala disposicion de ánimo.

¿A qué podia haber ido allí la ilustre querida del conde de la Salmedina, que no disimulaba su enemistad á Esquilache, más que á conspirar contra él?

¿De qué manera podia haber sido aquella conspiracion?

¿Estaba en peligro su valimiento?

Todo esto hizo que Esquilache se previniese como para dar una batalla.

El rey le alzó vivamente cuando Esquilache hincó una rodilla para besarle la mano, y le dijo:

—Marqués, tú eres implacable: tú te vales de todos los medios contra mí, y aun de los malos medios; estoy enojado contra tí, hombre.

Esquilache acabó de aterrarse, pero su terror no salió á su semblante.

—Tengo la desgracia, señor,—exclamó,—de que por impremeditacion algunas personas muy allegadas á vuestra majestad conspiran contra mí.

Esto era audaz, hasta donde podia llegar la audacia.

Don Leopoldo de Gregório era hombre que no se detenía en nada.

Se sospechaba en peligro, y acometía de frente, sin vacilar, con una audacia infinita.

Aquello era lo mismo que haber dicho al rey:

—Vuestra hija, la princesa de Astúrias, me ódia y conspira contra mí.

Esto no puede decirse á ningun rey, y mucho ménos á un rey tan tieso como el señor rey don Carlos III.

—Ved aquí, ved aquí hasta dónde puede llegar el disimulo,—exclamó de muy mal humor el rey.—¿Con que es decir que tú conspiras con la princesa de Astúrias, que tú la envias para que me acometa, para que me dé un mal rato, para que se ponga decididamente de tu parte, y luego te atreves á decirme aquí que la princesa de Astúrias conspira contra ti.

Quedóse hecho una estatua Esquilache.

En las palabras del rey habia una gran sinceridad.

¿Cómo podia ser que la princesa de Astúrias se pusiese de su parte?

Esto era tal vez un peligro mayor.

Esquilache sabía positivamente que la princesa de Astúrias le aborrecía.

Así pues, los buenos oficios de la princesa de Astúrias en favor de él eran sospechosos, representaban un peligro para un hombre tan sagaz y tan experimentado como Esquilache.

En una palabra, no sabía dónde estaba ni á qué atenerse.

La situación se le embrollaba, y se le hacía más nebulosa de momento en momento.

—¿Decía vuestra majestad,—exclamó con el acento dulce, sumiso,—que su alteza serenísima la señora princesa de Astúrias conspira en favor mio?

—Decididamente. ¡Y no sabes tú con cuánta voluntad, Esquilache! Ya se ve, sabe cuánto la amo, y se ha prevalido de mi cariño hácia ella para hacerme oír cosas que yo no hubiera oído á nadie. ¿Sabes tú lo que ha venido á pretender de mí mi queridísima hija, mi amada perla? Pues no es nada ménos sino que te permita publicar ese tu bando sobre los mantos, las capas y los sombreros.

—¡Cómo, cómo, señor! ¿La señora princesa de Astúrias comprende por fin la necesidad de que se desenmascare á esos traidores que pululan en la sombra, á esos reptiles infames que socaban el trono de vuestra majestad?

—Indudablemente, Esquilache. La princesa ve, como tú, un gran peligro para mí en esos embozados, en esas tapadas.

—Y bien, señor, esto prueba que yo no me en-



gaño, cuando la señora princesa de Astúrias, que es desembozadamente mi enemiga...

—¡Tu enemiga!—exclamó severamente el rey.

—Dispéñseme vuestra majestad,—dijo Esquilache,—si uso por necesidad un lenguaje poco conveniente. Yo sé bien que no debo llamar mi enemiga á la princesa de Astúrias, porque esto parece establecer un cierto antagonismo que no puede existir entre el señor y el vasallo; pero hay momentos en que debe decirse, señor, la verdad entera. La princesa de Astúrias se deja llevar desgraciadamente de las apariencias, y el marqués de Grimaldi explota el gusto de su alteza. Su alteza juzga á los hombres por la forma. El marqués de Grimaldi le parece inmejorable, en tanto que yo soy para ella un hombre rudo, ordinario, un hombre á quien de buena gana arrojaría de la córte, y que sólo permanezco en ella, y en el puesto de honor y de peligro y de afan que ocupo, gracias á la alta sabiduría de vuestra majestad, que sabe bien cuánto en este difícil puesto le sirven mi inteligencia y mi lealtad.

Convenian de tal manera estas palabras de Esquilache con las que acerca de él habia dicho la princesa, que Carlos III empezó tambien á aturdirse.

Indudablemente, María Luisa no se habia puesto de acuerdo con Esquilache.

Habia llegado á él de una manera independiente.

Luego, tanto los amigos como los enemigos de Esquilache veian un gran peligro para el trono en

aquellos embozados malditos que nadie podia prender, y por consecuencia que nadie podia desenmascarar.

—La identidad de parecer, señor,—dijo Esquilache,—entre la señora princesa de Astúrias, que no me quiere bien, con el parecer mio acerca de las capas, los mantos y los sombreros, convencerán á vuestra majestad de la necesidad de que acerca de esto se tomen, no sólo medidas enérgicas, sino tambien rigurosas. Yo se lo aseguro á vuestra majestad: estamos en los momentos de un gravísimo peligro, tal vez de una insurreccion general. Acaso su alteza la señora princesa de Astúrias se ha apercebido tambien de esto, y por la misma razon, prescindiendo de su ódio hácia mí, ha venido á apoyarme respecto á la adopcion de las medidas extraordinarias que es necesario tomar. Yo espero que vuestra majestad encontrará una prueba del acierto y de la lealtad con que yo he propuesto á vuestra majestad la publicacion de un bando rigurosísimo contra los mantos, las capas y los sombreros.

El rey habia llegado á tener miedo.

Basta con que á un rey se le diga que su trono está en peligro, para que se apresure á poner en ejecucion todos los medios, por terribles que sean, para conjurar el peligro.

El despotismo es receloso.

Cárlos III llegó á tener miedo.

—Yo me habia opuesto á ese bando, porque sé cuán grave es acometer las costumbres de un pue-

blo; yo he temido pasar por un tirano, y por un tirano ridiculo, oponiéndome al uso de los antiguos sombreros y de las antiguas capas españolas, y de esos mantos que defienden la honestidad de las mujeres. Los españoles son muy apegados á sus costumbres, y ya sabes que aun las más beneficiosas de tus reformas han sido murmuradas; á pesar de que mis súbditos encontraban en ellas un mejoramiento, las han rechazado todas. Aquí se rechaza todo lo nuevo de una manera tenaz, por bueno, por beneficioso que sea. Los españoles son sedentarios: les basta con hacer aquello que hicieron su padre y su abuelo, y creen que no hay un más allá. Todo lo que altera sus costumbres y su sedentarismo les es altamente antipático. Son enérgicos, y se puede temer todó de ellos cuando se les contraria de una manera grave. Hé aquí por qué yo me he mantenido firme en mi negativa á la publicacion de ese bando; pero ya que todos veis en la antigua capa y en el antiguo sombrero español un peligro, sea en buen hora; tráeme ese bando á fin de examinarle y ver hasta qué punto es conveniente ó inconveniente. Veremos, veremos lo que determino acerca de su publicacion.

—Yo, señor, le traía aquí, resuelto á suplicar de nuevo á vuestra majestad su vénia para publicarle.

—Veamos, veamos, Esquilache.

Esquilache abrió su cartera, y sacó de ella un papel que leyó al rey.

Aquel papel contenía el bando en cuestion.

Por él se prohibia expresamente á todas las cla-



ses del Estado el uso de la capa larga y el sombrero gacho á la española, así como los mantos, los mantos grandes, aquellos mantos que llegaban hasta los piés de las mujeres.

Se establecía una multitud de penas, desde multa y prision hasta presidio.

Las prescripciones de aquel bando debían cumplirse inmediatamente.

Las capas debían ser recortadas hasta que les faltase una cuarta para llegar al suelo.

Los sombreros debían ser apuntados hasta constituirlos en sombreros de tres candiles.

En cuanto á los mantos, debían ser sustituidos por la moderna mantilla.

Este bando, que contrariaba enormemente á Carlos III, porque como todos los Borbones, tenía un instinto extraordinariamente sutil y temía que el negocio de las capas y de los sombreros trajese funestas consecuencias, este bando, repetimos, en el fondo y en la forma pareció extraordinariamente duro y minucioso al rey.

—¿A qué este alarde de severidad,—dijo,—si van á ser tantos los infractores que se hará imposible aplicar rigidamente las penas? ¿y por qué establecer tales penas para no infligirlas, dada, como es probable, una tenaz rebeldía? La autoridad no debe imponerse sino para los actos que la son posibles; porque una autoridad que ceja ante lo imposible que ha ordenado, se desprestigia y se anula; y sobre todo, ¿por qué dar á este bando, por su forma, la forma de un

decreto? si decreto, ¿por qué bando? si bando, ¿por qué decreto? Este es un asunto exclusivo de mi gobierno, de mis secretarios: yo no quiero dar á esto fuerza de ley; yo no quiero ponerme frente á frente, y de una manera personal, delante de las costumbres de mis súbditos.

—Pero, señor, un ministro no determina nada sino investido de la autoridad que en él delega el rey,—exclamó Esquilache.

—Entonces, si lo hemos de tomar tan al pié de la letra, un rey debería cargar con todo el peso del gobierno, ocuparse hasta de lo más mínimo, asumir la responsabilidad de todo. No; un ministro es la persona intermedia entre los súbditos y el rey.

—Vuestra majestad, en su alta sabiduría,—dijo Esquilache inclinándose,—comprenderá que esta es una cuestion de apreciacion: un ministro, honrado por la confianza del rey, elevado hasta la inmensa altura de consejero del rey, no puede ni debe hacer nada que tenga carácter de innovacion, ni salir de lo ya instituido, sin representar al rey ó sin faltar á la confianza que en él se ha depositado. En el primer caso, lo determinado por el ministro debe ser mantenido con toda la fuerza de la autoridad real; en el segundo, el ministro debe ser depuesto y juzgado. Yo no me he atrevido á tomar una providencia por mí mismo sobre un asunto tan trascendental como el de las capas y de los sombreros, sin someter su determinacion al alto juicio de vuestra majestad; y mi parecer es que, una de dos: ó se deja correr el peli-

gro permitiendo que se encubran bajo el amparo de las costumbres conspiradores tenebrosos, ó de lo contrario, mantener la severidad de las disposiciones del bando que he tenido el honor de someter á la aprobacion de vuestra majestad.

—¿Es decir, que tú no quieres quitar ni una sola de las palabras de tu bando, y á esto sólo se reducen tantas palabras?

El rey aparecia verdaderamente incómodo y disgustado.

Esquilache se sentia mal.

Probaba esa amargura en que han agonizado tantos ministros.

Esto es, la crisis.

Estaba en la cuerda tirante, y era necesaria una grande habilidad para manejar el palanquin.

Una sola torpeza podia precipitarle al abismo que tenia bajo los piés.

Tomó, pues, ese partido neutro, por decirlo así, que han tomado en circunstancias semejantes tantos ministros.

El de un silencio respetuoso.

Pero el silencio en tales circunstancias es una réplica vivisima.

Es encastillarse en la más inerte de las tenacidades.

—¡Bah, bah! —dijo Cárlos III, comprendiendo á Esquilache: —llévate ese bando, modificalo, y vuelve á consultárnoslo.

—Es que, señor, me atrevo á decirlo á vuestra



majestad, una resolucion enérgica es necesaria inmediatamente; no se puede perder un solo instante, la conspiracion avanza, la conspiracion nos toca ya.

—¿Pero cuál es el objeto de esa conspiracion?— exclamó el rey.

—¡Oh! ¡si yo supiera cuál es su objeto, señor!... ni aun le adivino vagamente. Por lo tanto, hay más peligro, hay que apresurarse á defender altos y sagrados intereses.

—¿Es decir que tú crees que el tiro viene á mí?— exclamó con una expresion ambigua Cárlos III.

—Si sólo se tratase de mí, señor, de derrocar me del puesto á que me ha elevado el favor de vuestra majestad, la conspiracion de que se trata no tendria un tal aparato de misterio; se me embestiria francamente por un millon de lados á beneficio de la calumnia; se intrigaria al rededor del rey, y hasta ahora por lo ménos al rededor del rey no se ha conspirado.

—¿Es decir, que tú crees que ahora se conspira?

—Permitame vuestra majestad dudar del afecto de su alteza la serenísima princesa de Astúrias por mí.

—Te contradices, Esquilache; no hace mucho me decias que la prueba de que existe una conspiracion terrible, es que la princesa, no siendo tú muy suyo, piensa de la misma manera que tú acerca de este particular; luego aunque el rey nada sepa, hay á su lado, y muy cerca de él, quien sabe; lo que significa que la intriga ha penetrado en palacio. ¿Cómo puede, pues, decirse que esa conspiracion, si existe, no se agita en torno del rey?

—Señor, mi situación es la más difícil en que puede encontrarse un ministro; yo pienso que alterar en lo más mínimo el bando que he tenido el honor de someter á la real aprobacion, es hacerlo ineficaz, anularle; y como la tormenta está ya á punto de estallar, si vuestra majestad no me autoriza para que yo la conjure con todos los medios que puede darme la autoridad real, yo me veo dolorosamente obligado para apartar de mí la grave responsabilidad en que puedo verme envuelto, á hacer en manos de vuestra majestad la renuncia de mi cargo y á retirarme inmediatamente con mi esposa á Nápoles.

—¡Cómo! ¡cómo!—exclamó el rey, atacado por aquel su otro flaco:—¡retirarte con tu esposa! ¡irte, dejarme abandonado á Grimaldi! Pero esto es una traicion, Esquilache.

—No, no señor; permítame vuestra majestad, esta es una necesidad dolorosa, pero imprescindible; yo no puedo dejar correr los sucesos en tanto que sea ministro de vuestra majestad; yo me debo á la historia, yo pretendo evitar que la historia me culpe de torpe ó mal intencionado. Si los sucesos avanzan, mi esposa y yo estamos en peligro á causa de los numerosos y fuertes enemigos que nos ha producido nuestra lealtad; el peligro propio me importa poco, pero no me acontece lo mismo con el peligro de mi esposa; yo podré quedarme aquí para sufrir el martirio que sobre mí traiga mi lealtad al rey mi señor; pero Angélica partirá, á no ser que vuestra majestad la mandase permanecer, lo que no creo haga vues-

tra majestad, sabiendo que si permanece aquí, y una vez desencadenada la tempestad, su vida corre peligro.

Pasó algo extraño por los ojos del rey.

Se comprendia que era capaz de resistirlo todo, ménos la ausencia de Angélica.

—Eres implacable,—dijo el rey,—y yo debería arrancarme del corazon el afecto que te tengo, Esquilache; te has aferrado en una cosa que á mí me parece manía, y no perdonarás medio para salirte con la tuya. Me harás creer que si no se publica tu bando, tu buena esposa y tú estais en peligro de que os hagan pedazos.

—Tengo la certidumbre de ello, señor.

—¿Y no es posible, repito, modificar en alguna parte la dureza de esas disposiciones?

—Tenga en cuenta vuestra majestad que á mí me parecen todavía blandas.

—No, no,—dijo el rey;—pues yo no obligo á tu mujer á que se vaya, ni aun acepto tu renuncia. ¿Qué haria yo sin tí, Leopoldo? Me espanta la sola idea de verme reducido á ese almibarado Grimaldi, á ese egoista sin corazon. Anda, anda, publica tu bando, Esquilache, y que Dios nos saque en paz.

—Vuestra majestad acaba de salvar el órden público, y tal vez su propio trono,—dijo Esquilache.

—Pero esto es incomprendible,—exclamó el rey;—¿cómo es que tú aseguras el peligro mio por una conspiracion cuyo objeto no conoces?

—Veó que el tiro amaga á más altura que aquella en que yo estoy; ¿por qué? no lo sé; pero tengo la



certidumbre,—dijo Esquilache.—Vuestra majestad es un obstáculo, no para el austriaco ciertamente, señor, sino para una sociedad á la que vuestra majestad contraría.

—¿Y qué sociedad es esa?

—La Compañía de Jesús.

—¡Imposible! La Compañía de Jesús no puede volverse contra mí.

—Vuestra majestad no hace todo lo que pudiera respecto á Roma por la Compañía. Se trata de una secta que prosigue un objeto oscuro, misterioso; de una secta que pretende dominarlo todo; de una secta que tiende de una manera tenaz á apoderarse de Roma, constituyendo con una mayoría de sus miembros el cónclave. Vuestra majestad nada hace para que las vacantes de cardenales se provean en jesuitas. Las transacciones de vuestra majestad con Roma son contrarias á esto, y la poderosa Compañía de Jesús es enemiga á muerte de vuestra majestad.

—Suposiciones aventuradísimas, y aun pudiera decirse que calumnias, Esquilache, contra los hijos de San Ignacio. ¿Por qué habrán ellos de pretender apoderarse del papado? Qué, ¿no son sacerdotes católicos, y como tales hijos obedientes y amantísimos del papa?

—¿Quién sabe lo que son los jesuitas, señor?—exclamó Esquilache.—¿Quién sabe lo que se oculta tras su apariencia católica? ¿Quién conoce el objeto hácia el cual marchan de una manera tan tenaz?

—Tú te has empeñado en perderte, Esquilache,—

dijo el rey,—y preveo que todo mi poder no es bastante para salvarte; tú te haces eco de rumores absurdos, tú te pones frente á frente de una sociedad poderosa, que puede envolverte en una desgracia si se apercibe de tu enemistad.

—Eso es ya despues; los jesuitas y yo sabemos á qué atenernos los unos respecto al otro, y si yo hablase...

—Pues mira, te mando hablar, Esquilache,—exclamó el rey.

—Yo no; no en mis dias,—exclamó Esquilache;—basta con que yo me lance al combate por vuestra majestad; pero no diré ni una sola palabra más, aunque vuestra majestad me mande hacer pedazos.

—Bien, bien,—dijo el rey;—perfectamente: hé aquí uno que se llama nuestro amigo, nuestro súbdito más leal, y que, sin embargo, calla al rey un secreto indudablemente gravísimo.

—Por lealtad y por afecto, señor; basta con que yo deshaga la tempestad; pero yo no amargaré nunca el alma del rey mi señor.

—¿Sabes tú que yo he sido jesuita?—exclamó el rey, saliendo de improvisó de su reserva y asiendo violentamente una mano á Esquilache, en completa oposicion á su carácter de siempre.

—Lo ignoraba, señor,—dijo espantado Esquilache.

—¡Ah! ¿lo ignorabas? ¿luego se trata de otro secreto?—exclamó el rey.

—Ni hecho pedazos, lo repito, señor, revelaré á vuestra majestad ese secreto, ni ahora, ni luego, ni nunca; pero combatiré con todas mis fuerzas las asechanzas contra vuestra majestad.

Cárlos III era extraordinariamente terco.

Tal vez era este el punto más culminante de su carácter.

Se irritó.

Se descompuso como nunca le habia visto descompuesto Esquilache, que volvió á tener miedo, y un miedo más terrible que el que habia sufrido antes.

Y sin embargo, se mantuvo firme.

El rey no pudo arrancarle aquel secreto.

Nuestros lectores le conocen.

Mentira ó verdad, calumnia ó revelacion, aquel secreto era la bastardía del rey.

¿Y cómo revelar esto á Cárlos III sin exponerse á ser victima de la explosion?

Esquilache aterró al rey.

Pero le dejó en la ignorancia.

Al cabo de una hora de combate, salió de la cámara real triunfante por el momento.

Se le dejaba en libertad de obrar de una manera enérgica contra los embozados y las tapadas.

Esquilache tenia la seguridad de conjurar la tempestad.



---

## Capítulo XXIX.

De qué manera pudo una cuerda de ahorcar ir á las manos  
de la princesa de Asturias.

Salmedina, aprovechando una salida de la princesa para ir á rezar á Atocha, salida que sin duda tenia la intencion de dejarle en libertad, se apresuró á presentarse por sí mismo en la habitacion que Cascajares tenia en los sotabancos de palacio.

—Yo no sé,—dijo Cascajares, haciendo su guiño habitual,—por qué tenia yo la seguridad de la alta honra de que vucencia viniese á visitarme: me zumbaba tenazmente el oido izquierdo, y me picaba de una manera rabiosa la punta de la nariz: siempre que me ha sucedido esto, me ha sobrevenido una gran visita, una visita importante.

—Sois el picaro más original que he conocido, señor Cascajares,—dijo el conde.

—Muchas gracias, excelentísimo señor; vuecencia me honra, y yo no puedo ménos de conmoverme de agradecimiento. La señora princesa...

El conde y Cascajares estaban solos.

Bien es verdad que aunque en el pequeño aposento en que se habian encerrado hubiera estado presente Eduvigis, hubiera importado muy poco, porque ella y su marido eran una sola y conjunta persona.

Se habian identificado de tal manera, que cuando el uno se sentia malo el otro se afectaba de la misma dolencia.

Se completaban y se ayudaban.

—Y bien, ¿qué teneis que decirme de su alteza?— exclamó vivamente el conde, interrumpiendo á Cascajares.

—Su alteza, señor conde,—dijo Cascajares,—me ha ordenado que á todo trance, por importar mucho á gravísimos intereses, procure una entrevista secreta y segura á su alteza y á vuecencia; de modo que yo no he podido ménos de pensar en el medio, y no he encontrado más que uno algo extraño, es cierto, pero cuando las circunstancias son graves... Pensar en que su alteza salga del palacio, como ya aconteció recientemente, seria una locura, seria aventurarse en un peligro probable; y la prudencia, cuando se trata de personas tales como su alteza, nunca es sobrada. Pues pensar que vuecencia puede entrar en las altas horas, cuando ya está retirada la servidumbre, en el cuarto de su alteza, seria el mayor desacuerdo del mundo; las personas reales



viven siempre en público, señor conde: nadie lo sabe mejor que vucencia; cuando se retira la servidumbre, que es de suyo entrometida, oledora y chismosa, quedan los centinelas de alabarderos: un público más reducido, pero siempre un público, y más grosero aún que los otros. Si viesen á vucencia avanzando en direccion al cuarto de su alteza, en cuanto los relevasen se apresurarian á contarlos en el cuerpo de guardia, y el cuento pasaria de los alabarderos á sus comadres y de sus comadres á todo Madrid. Ya se ve, en este maldito palacio no hay un solo pasadizo secreto, y eso que sus muros son gruesos que mete miedo. ¡Lo que podia haber en estos muros si se hubiera pensado en ello! Pero nó se ha pensado desgraciadamente, y nos encontramos con la falta.

—Bueno, bien, —dijo el conde;—todo eso es cierto, ciertísimo; pero vos, que sois extraordinariamente ingenioso, habreis encontrado un medio.

—Pues ya lo creo: permitame vucencia.

Y se levantó.

Fué á una papelera, la abrió, sacó de ella un objeto envuelto en un papel, y lo entregó al conde, diciéndole:

—Hé aquí el medio, excelencia.

El conde desenvolvió con extrañeza el objeto contenido en el papel, y se encontró con una garrucha de hierro.

—Y bien, —dijo el conde, —comprendo; pero ¿de qué manera?



—Me he provisto además,—añadió Cascajares,—de unas treinta varas de cuerda de ahorcado.

Sintió un repeluzno, una especie de escalofrío, y como si se le despegara la carne de los huesos, todo á un tiempo, el conde.

—La cuerda de ahorcar,—dijo Cascajares impasible,—es de cáñamo, pero tambien de tripa: delgada y todo, puede sostener enormes pesos á causa de su fuerza. Pues bien, señor conde: el hierro de esta ventana es fuerte: asegurada la garrucha á ese hierro, no hay temor de que falte: sentado vucencia en un lazo en la cuerda, pasada la cuerda por la garrucha, que está perfectamente ensebada y no suena, vucencia mismo puede descolgarse facilísimamente hasta el balcon que está debajo perpendicularmente de esa ventana. Ahora bien: vucencia se retirará con el resto de la alta servidumbre á las diez: á esa hora empiezan á agonizar los faroles: á las doce la noche estará lóbrega, y los centinelas del recinto no podrán apercibirse de un bulto que se deslizará sin ruido pegado al muro entre las pilastras: los salientes de la arquitectura ayudarán á vucencia para bajar con mucha más comodidad, y como su alteza estará prevenida y con el balcon abierto, hé aquí que no puede ser más secreta la entrevista entre su alteza y vucencia.

—El medio es tan bueno como cualquier otro, aunque un poco cicatero,—contestó el conde;—pero hay que convenir, señor Cascajares, en que vosnos atajais por nada.

—¡Ah, señor conde! para ocupar el delicadísimo puesto mio, es necesario abrir bien los sentidos: á estos señores, cuando mandan, no se les puede salir con disculpas; lo creen todo fácil y hacedero, y sois perdido si les oponéis la más leve dificultad.

—Y bien, señor Cascajares,—dijo el conde;—creo que estamos convenidos.

—¡Oh sí, excelentísimo señor!—dijo Cascajares;—cuando vucencia se retire del cuarto de su alteza, y por más que entonces sea aun temprano, yo creo oportuno que vucencia suba inmediatamente á mi cuarto; así se evitará el que vean que vucencia vuelve á palacio á una hora intempestiva: es necesario tener cuidado, porque se repara, y más que lo que vucencia puede creer: ya se ve, como esta gente está acostumbrada á atisbar, y si no atisba y huele, no tiene otra cosa que hacer...

Y Cascajares se permitió un guiño harto significativo.

—De modo, señor Cascajares,—dijo el conde,—que si no es oportuno que me vean entrar entre once y doce de la noche, indudablemente será mucho ménos oportuno el que me vean salir entre tres y cuatro de la mañana.

—¡Ah! todo se reduce á que yo haga una nueva compra de cuerda.

—¡Cómo, señor Cascajares!

—Si con quince varas no se llega al suelo, á la calle, indudablemente se llegará con treinta; y ha-



—biendo de ser la cuerda doble, fuerza es comprar sesenta.

—Esa cuerda debe costar cara, señor Cascajares, porque la cuerda de ahorcado no está sin duda al alcance de todas las fortunas.

—Así, así, excelentísimo señor,—respondió Cascajares.

—Así pues, y sin que por esto os ofendais vos, me permitireis que yo pague la cuerda y la garrucha. Y el conde sacó su bolsillo, que estaba bien repleto, y le dió á Cascajares.

—Pues, excelentísimo señor,—dijo éste,—aquí hay para comprar cuerda para todos los ahorcados del mundo.

—Guardadlo, señor Cascajares, y pedid á Dios que estas entrevistas para las cuales se aprovecha la cuerda para ahorcar, no tengan un resultado funesto.

—¡Ah, señor conde, señor conde!—exclamó Cascajares;—la vida está llena de inconvenientes y de peligros; los únicos que pueden vivir en paz son los tontos y los pobres.

—Me vuelvo á mi guardia, señor Cascajares; adiós y hasta la noche.

—Hasta la noche, excelentísimo señor.

El conde se volvió al cuarto de los gentiles-hombres, harto preocupado y pensativo.

Era la primera vez desde que se habia casado que faltaba de noche á su casa.

Margarita debía sufrir extraordinariamente á causa de esta falta.



Debia comprender el motivo de ella.

Habian sobrevenido ya los inconvenientes de la difícil situacion del conde.

Mientras habia durado el enojo de Maria Luisa, todo habia ido bien, aunque el conde hubiese sufrido el amargor de verse desdeñado por ella.

Pero en cambio Margarita habia vivido satisfecha.

Ignoraba completamente los amores de su marido con Ana del Rey.

El conde no habia faltado nunca á las horas de costumbre á su casa.

Esto es, á casa de la marquesa de Vallezarzal, donde continuaban, porque Magdalena se habia empeñado en ello.

Decia, y tenia razon, que su casa era más bella y más alegre que la de su sobrino.

A más de eso, los hombres paran poco en la casa, y Margarita debia fastidiarse grandemente cuando se quedase sola, ó de no, el conde debia privarse absolutamente de su libertad.

A todo se atendia siendo la casa de la marquesa la casa de los esposos.

A más de esto, todo el mundo sabia que el conde de la Salmedina era el heredero de la marquesa de Vallezarzal.

Así pues, los esposos estaban en su propia casa, lo que no queria decir que el conde no mantenia abierta y con servidumbre la suya de Puerta Cerrada, en la que habia vivido mientras habia permanecido soltero.

La circunstancia de vivir con ellos Magdalena contrariaba extraordinariamente al conde en la nueva situacion de intimidad en que se encontraba con María Luisa.

Margarita podia ser prudente conociendo la fuerza de las circunstancias.

Pero respecto á su tia, Salmedina estaba seguro de que no transigiria con estas faltas nocturnas.

La situacion del conde era todo lo dificil que podia ser.

No podia usar libremente de su tiempo sin lastimar el corazón de Margarita, ni sin echarse encima una tormenta de parte de su tia.

¿Y cómo renunciar á María Luisa?

Margarita habia de ser para él una dificultad y un empeño, y María Luisa era una gran dificultad y un peligro.

Margarita era únicamente suya, y la princesa pertenecia á otro hombre.

Todo concurría á empeñar al conde por la princesa y á hacerle no reparar en las imprudencias.

Además de esto, se le ordenaba por los Invisibles continuase en aquellos amores.

El debía á los Invisibles la posesion de Margarita, y aun pudiera decirse que tambien la de la princesa, porque sin la aventura del encuentro de Margarita él no hubiera ido al palacio del Pardo aquella noche, y no hubiera podido encontrarse con la princesa.

A no ser por los Invisibles, Margarita no hu-

hubiera sido llevada tan cerca del palacio del Pardo.

Habia, pues, una cadena, entre cuyos eslabones habia encontrado el conde aquellos sus amores, que le embriagaban, que constituian para él un solo amor completo, dividido entre tres mujeres.

Pero la contravencion á las costumbres no se comete impunemente, y el conde de la Salmedina pagaba á un muy alto precio la satisfaccion de su amor.

María Luisa volvió á palacio á la hora de la comida.

Los gentiles hombres de servicio, así el grande como el pequeño, y las damas y las camaristas, comian con la princesa segun lo establecido por la etiqueta.

María Luisa estuvo admirable.

A pesar de que Cascajares habia tenido tiempo para decirle que aquella noche esperase al conde entre once y doce en el balcon de su cámara; á pesar de que la violencia de sus pasiones y la violencia con que amaba al conde, la hacian sentir una impaciencia insoportable por la llegada del momento en que su hermoso y enamorado conde de la Salmedina debia entrar por el balcon de su cuarto, estuvo tranquila, indiferente, graciosa, de la misma manera que si en vez del conde de la Salmedina hubiera estado de servicio cualquiera de los otros grandes.

En los palacios se aprende á mentir y á disimular, y los que han nacido en ellos tienen la mentira y el disimulo por naturaleza.

Pero sin embargo, la princesa encontró un medio



delicado para que si el conde, como ella se decia juzgando por si misma, se impacientaba, no se impacientase de una manera enojosa.

Hizo durar la comida de una manera ilimitada hasta más allá de las diez de la noche.

Jamás la comida, ó más bien la cena, se habia prolongado hasta tan tarde.

Cuando concluida la cena y vuelta á su cuarto la princesa dió la órden de que se retirase la servidumbre, ya era hora de que el conde de la Salmedina fuese al cuarto de Benito Cascajares.

La princesa se habia recogido.

Cuando se retiraron las doncellas, María Luisa se levantó, se puso una preciosa bata de seda, color violeta, ricamente bordada; afianzó por dentro las mamparas de las dos habitaciones anteriores por el uno y por el otro lado á su dormitorio; llevó á uno de ellos la rica lámpara de noche que ardia sobre uno de esos admirables veladores de mosaico que enriquecen todavia el palacio real, formando parte de las hechuras artisticas que hacen de él un museo; dejó completamente á oscuras el dormitorio, y sola, delirante, se fué al balcon que le habia indicado Cascajares, y le abrió agitada, con los nervios excitados, latiéndola el corazon de una manera insoportable, faltándole aire para respirar.

A esto se unia, para aumentar su padecimiento, un miedo horrible.

No temia ciertamente ser sorprendida por el príncipe ni por nadie.

En los cuartos de las reinas y de las princesas de España, según la antigua etiqueta, no entraba nadie, hasta donde ellas estaban, ni el rey, ni el príncipe, si no se anunciaban antes.

En cuanto á la servidumbre, no avanzaba jamás del lugar que la estaba destinado, ni pasaba, ni por casualidad, de una cierta línea, sino cuando se la llamaba.

La princesa, pues, no podía ser sorprendida.

No era este su miedo.

Pero temia que la cuerda por medio de la cual debía descolgarse hasta el balcon el conde, se rompiese, y cayese y se matase sobre la acera que rodeaba á palacio.

Podria suceder que un centinela que tuviese ojos de mochuelo se apercibiese del conde durante su descenso, á pesar de la oscuridad, é hiciese fuego sobre él.

Este temor, sin embargo, llegaba á la exageracion; porque la noche era de tal manera lóbrega, que no podia verse, ni aun por el hombre de mejor vista, un bulto ni á tres pasos de distancia.

Todos estos temores asaltaban y dominaban, y se hacian sentir terribles de la princesa, en tanto que abria el balcon.

Pero al abrirse ahogó un grito de alegría.

Habia sentido al conde que adelantaba y que la estrechaba palpitante el corazon entre sus brazos.

Un momento despues se cerraba el balcon.

—Trae la luz,—dijo la princesa,—no quiero estar

á oscuras; quiero verte, conde mio, quiero hartarme de mirarte sin miedo de que nadie nos observe: mira, la lámpara está ahí, en mi retrete, en un ángulo. ¡Oh, Dios mio! pero déjame, conde, ve pronto, ¿no oyes que quiero verte?

El conde buscó la lámpara de noche y volvió con ella.

—Mira, conde,—dijo la princesa;—enciende las bujias de todos los candelabros; quiero verte con la mayor luz posible.

—Pero mañana repararán en que esas bujias han sido encendidas.

—¿Y qué me importa? ¿acaso no puedo yo haber tenido el capricho de iluminar á *giori no* para dormir mi gabinete? ¿y luego, qué me importa todo? ¿crees tú que no me voy yo á cansar muy pronto de todas estas precauciones?

—¡Ah, María de mi alma! ¡si supieras!

—¿Y qué he de saber? no me asustes, Luis; ¿qué tienes tú que decirme?

—En primer lugar, que yo soy un tanto supersticioso.

—Bien, bien; no parece sino que te propones atormentarme más y más: yo tambien soy muy supersticiosa.

—Pues bien, mi adorada María: para descolgarme hasta tu balcon, desde una ventana del cuarto de Cascajares, me he valido de una cuerda de ahorcado.

—¿De una cuerda de ahorcado!—exclamó, poniéndose mortalmente pálida, la princesa.



—De ahorcado precisamente, no,—dijo el conde;—pero sí de la misma cuerda que sirve para ahorcar. Cascajares ha temido que otro género de cuerda no fuese bastante fuerte, dado lo delgada que era necesario fuese para pasar por una garrucha pequeña de hierro.

María Luisa miraba de una manera espantosa al conde.

Temblaba toda.

—¡Ah! ¡has llegado hasta mí,—exclamó,—valiéndote de una cuerda de ahorcar! ¡y cuándo? cuando yo he consumado mi traición contra mi buen papá Carlos.

—¡Cómo!

—Sí, le he decidido á que permita á ese bandido de Esquilache la publicacion de su bando contra los mantos, las capas y los sombreros.

—¡Oh! esto producirá un motin.

—Sí, un motin que terminará por una revolucion.

—¡Ah! es muy posible.

—Sí, es muy posible que el buen papá tenga que huir; y como los leones no huyen, cuando un rey huye deja de parecer leon para parecer gato; por lo mismo yo tendré mucha cuenta para que mi augusto esposo no huya: no ciertamente: yo haré que nosotros seamos los que pacifiquemos el motin; los españoles no se pueden pasar sin rey, y ya comprendes...

—¡Oh! sí, es muy posible,—dijo el conde;—y esto, bien considerado, es un gran sacrificio por mi parte: es el sacrificio de mi honor, porque será necesario

que yo me deje batir; de otro modo, yo sujetaría con sólo mi regimiento á todo Madrid que se amotinase.

—Pues mira, conde, —dijo la princesa, que estaba abandonada en los brazos de Salmedina;—déjate batir, por supuesto cuidando de no comprometer tu vida: nada te importe que tu honor militar perezca por el momento: cuando yo sea reina, soy capaz de influir en mi augusto esposo para que declare la guerra á Portugal, esto es más cómodo que declararla á Francia, y te envíe con cuatro compañías á que pongas en órden á los portugueses; deshónrate ahora por tu María Luisa, mi adorado Luis, que despues cuando sea reina tu María Luisa, se deshonorará por tí.

—¡Ah! tu deshónra no, adorada mia, —exclamó el conde:—siempre el misterio.

—¡Oh! ¡sí! has necesitado valerte para llegar hasta mí de la cuerda de un ahorcado y de una noche oscura como boca de lobo; no, no, amor mio: las cosas van á cambiar: las torpezas de Esquilache van á producir su fruto: ese bando levantará el motin, y como habrá quien sople el motin y quien pague toda la gente que sea necesaria, el motin se convertirá en una revolucion. Huirá Esquilache, huirá el rey: yo asiré á mi marido de la mano, y le presentaré al pueblo alborotado: el pueblo le aclamará, porque habrá entre el pueblo alborotadores prevenidos: mi marido dirá que él no puede aceptar la corona mientras no abdique voluntariamente papá, y papá abdicará, porque comprenderá que le tiene más cuenta



abdicar que tenerse firme alegando su derecho, cuando no tenga fuerza para sostenerle: esto va por sus pasos contados: nuestros amigos ó nuestros superiores, ó nuestros amos, como mejor quieras, no se meterian en esto si no estuviesen seguros del triunfo.

—¡Ah! los Invisibles.

—¡Diablo de Invisibles! Por supuesto, no hablemos mal de ellos, no sea que nos oigan y se enojen; ellos están en todas partes: hasta en el aire que al respirar se nos entra por las narices; además de esto, yo estoy muy contenta de ellos y resuelta á ser siempre su amiga.

—¡Ah! yo los sirvo con toda mi voluntad.

—Pues bien; sírvelos cuanto mejor puedas, porque sirviéndolos te sirves á tí mismo y me sirves á mí. ¡Oh! ¡cuando yo sea reina, entonces tú serás príncipe!... ¡qué sé yo! ¡el rey de hecho! ¡Oh! ¡cuánto te adoro! ¡Sin embargo, tú eres un miserable, conde!...

—¡Oh! ¡un miserable!—exclamó con acento de dulce reconvencion el conde;—yo me he visto obligado á obedecer.

—¡Ah! ¡no, no! yo no te llamo miserable porque te hayas casado con Margarita: con alguna habias de casarte, de alguna manera habia de hacerse para acercarte á mí, hoy que soy esclava, hoy que no mando, hoy que estoy bajo el dominio del rey, acechada por hombres siempre dispuestos á comprometerme, y que no pisarian los pavimentos de palacio si yo fuera reina. ¡Oh! cuando yo sea reina, todos los que



entren aquí, todos los que estén al rededor del tronco serán míos, y no tendrá el poder más que el que sea verdaderamente mio: tú; los demás serán nuestros satélites, nuestros dóciles instrumentos, que irán por donde nosotros les mandemos ir: nosotros lo seremos todo; al rey, al buen rey mi augusto esposo, le dejaremos cazar, comer y dormir á su gusto; tú serás su grande amigo, su inseparable, sin el consejo del cual no se atreverá ni á estornudar; no, Luisito, como te llamará el bonachon; ¡oh! ¡qué desgracia, Luis, qué desgracia la de nosotras, hijas de casas reales! se nos casa como más conviene á la política, y ¡cuántas veces somos víctimas sacrificadas á la paz del mundo! nosotras no podemos tener corazon... pero esto es ya muy viejo, y no me gusta decir vulgaridades... No, yo no te llamo infame porque te hayas casado con Margarita; esto ha sido necesario por más de una razon; yo no tengo celos tampoco: tú no puedes amar á otra que á mí; ¡qué ha sacrificado por tí ella? ¿Seria ella tu querida si tú te hubieses casado con otra? Yo no tengo tampoco celos de su hermosura: la hermosura hastia muy pronto, la hermosura nos causa por una posesion continuada; pero no hastia la ambicion, Luis: no hastia la pasion de una reina cuya adoracion por un hombre la constituye en esclava; no, la ambicion es la cumbre de aquella montaña á la que el diablo llevó á Jesus; se ven desde ella horizontes maravillosos, y es necesaria la santidad de Jesus para no hacerse esclavo, y esclavo voluntario de la ambicion, esclavo irredimible; no, yo no tengo celos de

nada ni por nada, Luis; y además, que aunque yo no fuese reina me amarias con toda tu alma, porque yo tengo espíritu para hacerme adorar, no sólo de tí, sino de otro cualquiera.

—¡Oh, gloria mia!—exclamó el conde;—tu hermosura, tu encanto, tu espíritu, sí, ellos son mi amor; pero tu poder, el poder que puedes tener en adelante, la ambicion no.

—Mejor, Luis, mejor, así te quiero más,—dijo la princesa mirando con una pasion infinita al conde;—convengamos ahora en que yo no tengo celos; y francamente, aunque los tuviera, los ocultaria, los devoraria, no te los daria nunca, y acabaria por curarme de ellos por altivez.

—Es que tu amor se ha sobrepuesto á tus celos,—exclamó el conde con una impertinencia de que en ciertas situaciones [no se libra el hombre más discreto, por aquello de *aliquando dormitat*,—tú has obedecido, tú has callado, pero te has irritado y me has dejado sentir tu enojo: y hé aquí mi más hermoso triunfo: mi amor te ha vencido.

—Hé ahí tu infamia,—exclamó María Luisa;—hé ahí tu iniquidad, por la que has merecido que yo me desencante y te desprecie; sí, eso es: tú te decias:—«Sufre, irriate, pobre esclava; ¿por qué he de buscarte yo, por qué he de suplicarte? tú vendrás á mis brazos vencida por tu amor, y te considerarás dichosa, la más dichosa de las mujeres, si yo no te rechazo.»—¡Oh! el hombre es el eterno tirano, el



miserable que ruega, que se humilla, que llora, que se desespera cuando desea, y que se levanta soberbio cuando obtiene.

—Yo te he buscado Maria, yo me he puesto á tu paso.

—Si, pero cuando yo, para probarte, te he dejado ver un desden que no consistia más que en la apariencia y débilmente, tú has empalidecido de furor, te has retirado ceñudo, en vez de insistir, de suplicar.

—Eso prueba que no me une á tí la ambicion, sino el corazon: el corazon es muy altivo, Maria, y se lastima de todo.

—Y bien,—exclamó la princesa,—todo esto es molesto: y soy tuya, porque soy tuya, y soy tuya de veras, tu esclava; cuando una mujer enferma de amor como yo he enfermado por tí, su curacion es imposible: es más, no quiere curarse; adora su enfermedad, tanto más cuanto es más dolorosa; yo soy tuya, tuya, tuya: yo seré tanto más feliz, cuanto más tú me agradeces mi locura por tí, cuanto tú más sacrifiques por mí, puesto que por tí lo sacrifico yo todo y estoy resuelta á todo. Pero dejemos esto, porque seria no acabar nunca; tú sabes cuánto yo te amo, tú sabes que tú eres mi primer amor; yo sé que tú serás mi último amor, ó el amor de toda mi vida.

—¡Oh! ¡quién sabe! ¡en la corte!...

—¡Ah! ¡celos! pues me alegro; bueno será que sepas lo que son celos: ¡ah! son muy amargos; pero



ellos subliman el amor, ellos le fijan: ¡oh, sí, sí! ten celos, Luis; así me amarás más. ¡Oh! si yo supiera cómo podía encelarte, aunque los celos te volvieran furioso... pero no, no: tú no puedes tener celos de mí, tú sabes que yo no puedo amar á otro que á tí... ¡Pero, Dios mio, yo me olvido de que tengo que decir algo muy importante, de que por eso principalmente te he llamado esta noche, de que no puedes estar aquí mucho tiempo: yo me olvido de todo mirándome en tus ojos; oye, Luis: es necesario que vayas inmediatamente á buscar al padre maestro, que tú le digas que yo he triunfado, que el rey ha autorizado al fin á Esquilache para que publique su bando sobre las capas y los sombreros; esto es muy importante, y tan importante, como que indudablemente mañana se pregonará y se fijará en todos los lugares públicos; el bando es muy severo, é indudablemente Esquilache tomará precauciones: tú no has ido á tu casa; de seguro tienes desde hace algunas horas en ella una orden que te verás obligado á obedecer como coronel del segundo regimiento de wálones; por consecuencia, no puedes permanecer aquí: tal vez estás faltando, y una falta tuya en estas circunstancias podría ser funesta; si Esquilache, que está muy prevenido contra tí y contra mí, sospechase, te quitaría el mando de tu regimiento y lo daría á otro coronel tan de su confianza como ese brutal marqués de Priego; así pues, conde mio, sólo te concedo un cuarto de hora á mi lado.

En efecto; el conde de la Salmedina permaneció

muy poco tiempo despues al lado de la princesa; ésta abrió á su vez, apartando la luz del dormitorio, el balcon.

La noche continuaba siendo tenebrosa.

La cuerda pendia sobre el balcon.

El conde tiró de ella, pero de arriba no respondió otro tiron.

Cascajares habia asegurado al conde que él no se quitaria de la ventana ni dejaria de tener asida la cuerda para contestar al conde cuando la atirantase con otro tiron.

Esto debia hacerse para que Cascajares, despues de haberse descolgado el conde á la calle, recogiese la cuerda.

Cascajares supuso que el conde permaneceria por lo ménos tres horas al lado de la princesa, y no creyó necesario permanecer en la ventana cuerda en mano esperando el tiron de aviso.

Pero el conde apenas si permaneci6 una hora al lado de la princesa, y aconteci6 que cuando lleg6 el tiron encontr6 al insigne Cascajares desertado de su puesto de honor.

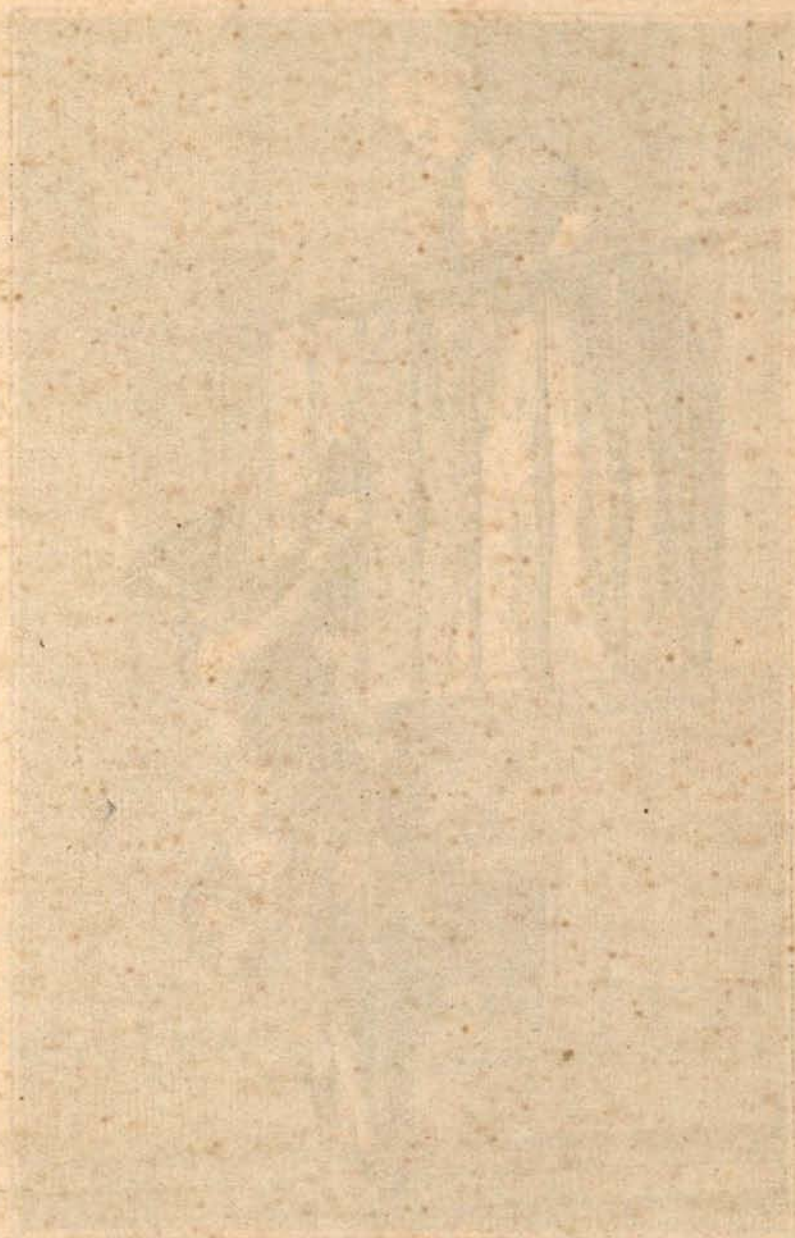
El conde tir6 por dos, tres, cuatro veces.

No contest6 el tiron de Cascajares.

Inform6 á la princesa.

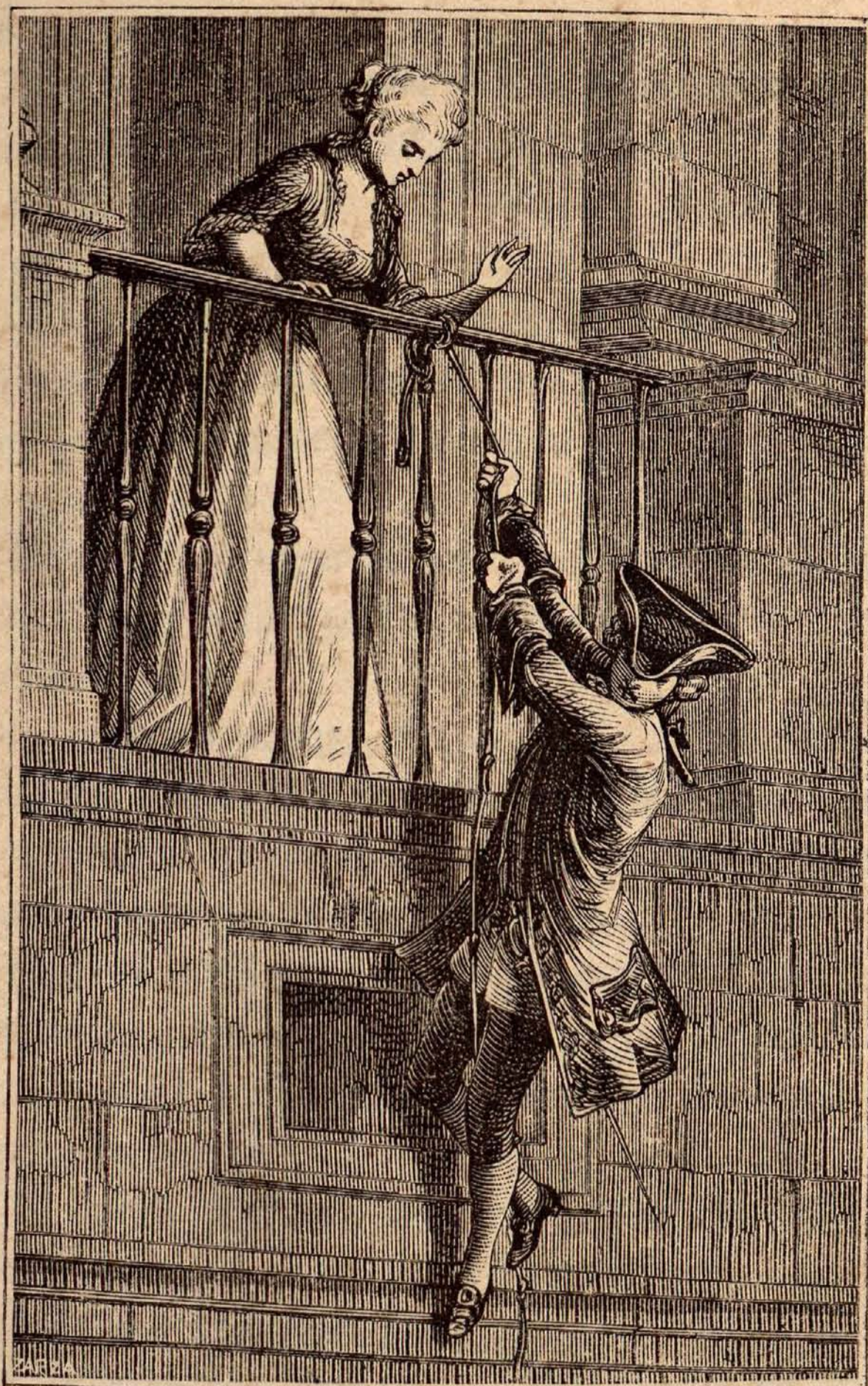
—Y bien, no importa,—dijo ésta;—yo tiraré de la cuerda y la recogeré, con tal de que no esté anudada en su otro extremo y no pueda acabar de pasar por la garrucha.

Se reconoci6 el extremo de la cuerda.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY





MOTIN DE ESQUILACHE. —Y empezó á descolgarse con gran emocion de la princesa.



No tenia nudo alguno.

Entonces el conde, metido ya en el lazo, salvó silenciosamente el balaustre del balcon, y empezó á descolgarse, con gran emocion de la princesa, que temia ya que la cuerda se rompiese, ya que un centinela se aperciese.

Pero nada de esto aconteció.

María Luisa, que tenia la mano tocando á la cuerda y la sentia deslizar, notó al fin muy pronto que dejaba de correr y que perdia su tirantez.

La asió, y tiró de ella.

Contestó otro tiron á plomo.

El conde estaba ya en la calle.

La princesa sintió el paso del conde que se alejaba, y luego el ¡quién vive! de un centinela.

—Gentil-hombre de su majestad,—contestó el conde.

Los pasos de éste se perdieron al fin á lo lejos.

María Luisa tiró de la cuerda, y la retiró al fin completamente.

Cerró el balcon, y metió la luz en su dormitorio.

Examinó la cuerda, no sin una repugnancia terrible.

Era de poco grueso, como el que podrian procurar tres cuerdas de violon juntas, pero de una fuerza excesiva.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó la princesa.—¡Y esto sirve para ahorcar! Dios quiera que el haberse valido él de esta cuerda para llegar hasta mí, no sea de mal augurio para los dos.

## Capítulo XXX.

De como en ciertas situaciones no se puede contar más que hasta cierto punto con un hombre de honor.

El día siguiente era el 10 de Marzo de 1766. A las diez de la mañana se puso á recorrer las calles de Madrid un bando, no así como se quiera, sino solemnemente. Iba delante del piquete la música y la banda de tambores, pifanos y trompetas del segundo regimiento de la guardia walona.

Dos compañías de granaderos, formadas por mitades, llevando la primera mitad de la primera la bandera del batallon, formaban la escolta.

Al frente de estas compañías iban el coronel del regimiento conde de la Salmedina, á caballo, y á caballo tambien el teniente coronel, marqués de Dos Puentes.



Entre la primera y la segunda mitad de la primera compañía, iban un escribano de cámara á caballo, y junto á él, á pié, el pregonero de la Villa.

Detrás iban cuatro alguaciles de cámara, á caballo tambien.

A seguida dos hombres, uno de los cuales llevaba un gran rollo de papeles impresos, que no eran otra cosa que el bando, y otro con un gran puchero y una brocha, para fijar aquel bando en los lugares más públicos.

No se veia un solo soldado por la calle.

Lo que queria decir que, por una prevencion y para contener, si era necesario, desórdenes, las tropas estaban en los cuarteles.

En efecto, el conde de la Salmedina, despues de haber avisado en el convento de Santo Tomás al padre maestro don fray Lorenzo, segun se lo habia encargado la princesa de Astúrias, de que el rey habia autorizado á Esquilache para publicar el bando contra los mantos, las capas y los sombreros, se habia ido á su casa.

Margarita le esperaba sin desnudarse.

Le recibió tranquila y sonriente y enamorada como siempre, y le dió un pliego que en las primeras horas de la noche habia llevado un ordenanza de la capitania general.

Aquel pliego contenia un oficio del capitan general, por el cual se mandaba al conde de la Salmedina, que luego luego que recibiese aquella orden, se personase en el cuartel de su regimiento, le pusiese

sobre las armas, y permaneciese á su frente esperando órdenes.

El conde aprovechó aquel pretexto para disculpase de su tardanza aquella noche.

Eran las dos de la mañana.

Alegó con una gran serenidad á Margarita, que en el momento de salir de su servicio en palacio habia recibido una orden de los Invisibles, que le habian retenido hasta entonces, dándole instrucciones para el caso de una insurreccion que se creia inminente.

Margarita creyó todo lo que el conde la dijo, porque no queria dudar de él.

Pero se mostró gravemente cuidadosa por el peligro en que los servicios que los Invisibles exigian de él podian ponerle.

Salmedina cambió su uniforme de gentil-hombre por su otro uniforme de capitán general coronel de guardias walonas, abrazó á Margarita y se fué al cuartel con Baltasar.

A las ocho de la mañana recibió otra orden, en que se le mandaba que á las once del dia estuviese en la plaza de los Consejos con la música y la banda, y la bandera del primer batallón de su regimiento, acompañado del teniente coronel y con dos compañías de granaderos.

Hé aquí por qué el conde de la Salmedina iba al frente de aquel bando, al que se daba una gran importancia, una gran solemnidad con aquel aparato inusitado.

A las doce partió el bando con gran estruendo de música, tambores y trompetas, de la casa de los Consejos.

Avanzó por la calle Real de la Almudena, y se pregonó por primera vez en la plazuela de la Villa.

Mientras se pregonaba el bando fué fijado doble en la puerta de la casa de ayuntamiento.

El bando siguió por la calle Mayor á Platerías, y entró en la Plaza Mayor por la calle de la Amargura, por la que hoy se llama del 7 de Julio.

Allí el bando fué solemnemente pregonado en medio de una multitud inmensa, compuesta de los vendedores del mercado que entonces habia en la Plaza Mayor.

Las murmuraciones no se hicieron esperar mucho tiempo.

Allí, en torno de los soldados y oyéndolos el gobierno, se permitieron amenazas, y estas amenazas no tardaron en tener ejecucion.

Aquella noche, todos los bandos que habian sido fijados en las esquinas fueron arrancados, y al siguiente dia apareció un cartel alarmante y sedicioso, que decia:

*¡Abajo Esquilache! ¡Abajo las reformas del extranjero! ¡Viva España!*

Esto irritó á Esquilache de una manera extraordinaria.

En vez de hacerle comprender que era un disparate y una temeridad pretender que los españoles cambiasen de costumbres, se irritó.



Al día siguiente los alcaldes de casa y córte con sus alguaciles recorrian las calles, reconvinien- do por su desobediencia á los que encontraban con capas, sacando multas y metiendo en la cárcel á los que resistian enérgicamente á las medidas irritantes, y haciéndoles entrar en los portales para recortarles las capas y apuntarles los sombreros.

Esto era altamente ridículo.

Los alcaldes de casa y córte, para llevar á efecto esta operacion, llevaban consigo sastres, dando lugar á lances ridículos ó desagradables en que se ape- laba á las espadas, como sucedió, entre otros casos, con un lacayo del marqués de Cogolludo.

Este individuo, en vez de dejarse conducir pa- cientemente á un portal y recortar allí la capa y apuntar el sombrero, tiró de la espada, de que por aquel tiempo andaban provistos todos los espa- ñoles de todas clases y condiciones, y la emprendió con el alcalde de casa y córte, al que dió una cuchi- llada, apaleó á los alguaciles, se fué á tomar sagra- do á casa de su amo, y su amo, tomándolo tambien por todo lo alto, se fué á palacio, y alegando privi- legios y esenciones, y no sé cuántas cosas que que- ría comprendiesen tambien á sus criados, dió al rey un disgusto de tal manera mayúsculo, que el rey no pudo por ménos de desterrar al marqués de Cogo- lludo, que en vez de irse al destierro se puso á cons- pirar y á revolver contra Esquilache á todas aque- llas personas que dependian de sus amigos, que hi- cieron causa comun con él.

Observóse tambien que los hombres del pueblo dieron en no salir sino en grupos de cuatro ó seis armados, y en pasar por delante de los cuarteles embozados y con los sombreros echados á la cara.

Provocacion significativa que debia haber sido para Esquilache un advertimiento, del cual, sin embargo, no hizo caso.

Se obstinó.

Se encomendó al mariscal de campo don Francisco Ravayo, comandante de Inválidos, el encargo de hacer cumplir el bando auxiliado por sus tropas, y sucedieron nuevas colisiones, nuevos escarnios del pueblo.

Ya sabemos que este bando se habia arrancado casi violentamente á Cárlos III.

Ya con anterioridad los fiscales del Consejo de Castilla, en dos informes diferentes, representaron de una manera franca y enérgica lo peligroso é inconveniente de esta reforma.

Especialmente cuando se pretendia hacerla extensiva á todas las clases del pueblo, la encontraban una razon de tumultos, contraria al fomento y á la prosperidad de las fábricas nacionales, de las cuales se hacia un gran surtido de paños para capas y de fieltros para sombreros.

Encontraban asimismo injustos los medios de la ejecucion, y en otros muchos conceptos como imprudentes, y habia concluido proponiendo una manera más conveniente para que llegase á corregirse el abuso de los embozados.

Pero todas estas prudentes observaciones de aquellos magistrados, fueron desatendidas.

En uno de estos informes se decia terminantemente lo que sigue:

«*Las capas largas son de nueva introduccion... y se miraron en la consulta del Consejo de 31 de Agosto de 1745 como un verdadero disfraz: con que lo estimado en la real orden en esta parte es muy arreglado. Verdad es, que desde aquel año ha cundido la capa larga en todo el reino, y la reforma es muy dificil, y pide tiempo y medios; al contrario, las capas cortas fueron el traje general de esta nacion, con ropilla y espada, etc.*»

Más adelante, proponen los fiscales:

«*Que las capas que se hicieren despues del bando sean cortas, de modo que les falte una cuarta ó poco ménos para llegar al suelo. Que la pena sea solo de un peso por el sombrero redondo que se aprenda... Que las capas y sombreros que en adelante se hagan sean de paño y fábricas del reino, y lo mismo los redingotes... Que los emboxos cubriendo el rostro se prohiban... Que no se hable de peluquin ni de gorro en el bando... etc.*»

Esta desdichada medida de Esquilache recaia sobre profundos disgustos que la tenacidad de este hombre de gobierno por modificar la nacion habia producido en ella.



Necesario es que pongamos nuestros lectores al corriente de la grave conmocion que ocasionó el célebre y gravísimo movimiento consignado en la historia con el nombre de *Motin de Esquilache*.

Ya hemos apuntado algo acerca de esto anteriormente; pero no lo hemos hecho con la extension necesaria.

Los dos ministros que más influencia ejercian en el ánimo de Cárlos III, eran: don Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, y don Jerónimo de Grimaldi, marqués de Grimaldi.

Entrambos eran extranjeros.

Ambos italianos.

El primero habia venido de Nápoles con el rey, cuando Cárlos III fué elevado al trono de España por la muerte de Fernando VI, y desde aquel momento Esquilache fué encargado de la secretaría universal de Hacienda y de la Guerra.

Al marqués de Grimaldi se le envió por el momento á Paris, y despues se le llamó á España para encargarle del ministerio de Estado, por la renuncia que de él habia hecho don Ricardo Vall.

Tambien los españoles veian con un disgusto terrible que los consejeros del rey eran casi todos extranjeros.

La nota de extranjerismo es la peor que puede tenerse en España, y no sólo en España, sino en todas las naciones.

Entre Grimaldi y Esquilache habia un gran antagonismo respecto al carácter y al entendimiento,

como habia una gran diferencia en cuanto á su cuna.

La de Grimaldi era ilustre, al paso que la de Esquilache era demasidamente humilde.

Grimaldi era un hombre distinguido, apasionado de la cultura, de la elegancia, de la esplendidez, de todo cuanto constituye las costumbres de un hombre de alta clase y bien educado.

Al contrario el marqués de Esquilache.

Nacido en una clase infima, era económico hasta la mezquindad.

No sabia desprenderse del dinero; le buscaba por cuantos medios eran imaginables, aun por los medios indecorosos, y se valia de su mujer para aumentar su fortuna.

Era grosero, y no comprendia los sentimientos elevados.

En cuanto al punto de vista político, se diferenciaban tambien infinito Grimaldi y Esquilache.

Grimaldi era completamente adicto á la política y á los intereses de la Francia, como lo habia sido el marqués de la Ensenada.

Esquilache se oponia á esta política, pero no se atrevia á manifestarlo.

Grimaldi, sin faltar á los deberes de su posicion, porque Cárlos III no consentia á su lado ministros que no entendieran en su secretaria, que no trabajaran, encontraba siempre tiempo para las distracciones y recreos de la buena sociedad á que estaba acostumbrado.

Esquilache, sin ser de más inteligencia, era más

trabajador, y no concedia nada á las diversiones.

Como ministro de la Guerra despues, y de Gracia y Justicia interinamente durante algun tiempo, todas las reformas administrativas de los primeros años de Carlos se habian hecho por la intervencion ó por el consejo de Esquilache.

El afan por reformar era una mania en este hombre.

Habia creado los Monte-Pios destinados á los socorros de las viudas y huérfanos de militares.

Habia creado el colegio de Artilleria; habia hecho las ordenanzas para los reemplazos; habia prescrito reglas y condiciones para la admision en España de bulas prévias y despachos pontificios, y lo mismo para la prohibicion de libros y defensa que habia de permitirse á sus autores; y habia publicado ordenanzas para la comunidad ó gremio de los mercaderes ó encuadernadores de libros; se habia legislado sobre los propios y los arbitrios de los pueblos y sus abastos, á imitacion de lo que ya existia en Roma y en otras partes del extranjero; se habia creado la renta de la lotería ó beneficiata, cuyos productos debian aplicarse al sostenimiento de los hospitales, hospicios y otros establecimientos de piedad y beneficencia.

Una pragmática habia abolido la contribucion de los granos y semillas, y habia dejado libre, desembarazado el comercio de estos artículos, con facultad de extraccion mientras no llegasen á ciertos precios en los mercados.



Se habia expedido una real prohibicion para la manera de hacer acopios ó surtidos en los pueblos en que fuese necesaria la compra é introduccion de trigos de Sicilia, estableciendo en ciertas poblaciones almacenes, á causa de haber subido el precio del pan por consecuencia de dos años de mala cosecha.

Todas estas medidas habian causado una gran sensacion en el país, ya por la novedad, ya por la manera de ejecutarlas.

La última especialmente, la relativa á la compra é introduccion de trigos extranjeros en el reino, habia causado un profundo disgusto por la manera violenta con que se habia realizado.

Las reformas no se detenian sólo en la política y en la administracion.

Pasaban al ornato público y á las costumbres populares.

En la capital se edificaban la Casa de correos, la Aduana y San Francisco el Grande; se hermoseaban las afueras de la poblacion con paseos públicos, se habia hecho el de las Delicias, y se proyectaba el de San Fermin.

Se levantaban las puertas de Toledo, de San Vicente y de Alcalá.

En cuanto á la policia, se dictaban rigurosas providencias para la limpieza de las calles, y se obligaba á los vecinos sin excepcion á barrer y regar todos los dias la puerta de la calle delante de sus casas, y se daban disposiciones para el desembarazo de plazas y mercados, de escombros y materias inmundas.

Bien es verdad que este empeño decidido por limpiar y hacer tolerable la poblacion, era disculpable, porque Madrid lo habia bien menester.

Se tomaron tambien providencias para reprimir los excesos que se cometian en las romerías y en las festividades religiosas populares.

Se prohibió asimismo, bajo la pena de cuatro años de presidio y cien ducados, con aplicacion á los pobres de la cárcel, la costumbre bárbara de dar lo que se llamaban encerradas á los viudos y viudas que pasaban á segundas nupcias.

Este abuso retraia á muchos de contraer matrimonio, y era un motivo constante de escándolos, alborotos y desgracias.

Todo esto se hacia en nombre del rey; pero el pueblo veia el autor en el marqués de Esquilache, y en realidad lo era.

Se le acusaba de poco adepto al clero y á la curia romana; le miraban con mal ojo los que favorecian la preponderancia eclesiástica, y le acusaban de renovador y regalista.

Decia que como extranjero no podia ver los usos y costumbres de España, y que no tenia otro empeño que desnaturalizarnos y convertirnos en una nacion completamente distinta.

Además de esto, su falta de delicadeza y su rapacidad le hacian odioso al pueblo.

Habia acumulado pingües empleos en su familia, y habia llegado hasta la exageracion de nombrar administrador de la aduana de Cádiz, gran destino

entonces, á un hijo suyo menor de edad; cuyo empleo se desempeñaba por medio de sustituto.

Se afincaba todo lo que podia, hasta el punto de haber adquirido una magnífica propiedad que la familia del duque de Alba tenia en Sicilia.

Enviaba á Italia millones de millones, que sacaba del Erario público y de las flotas que venian de América.

Los empleos se vendian, y era fama pública que él mismo en su casa se entregaba al tráfico del contrabando del tabaco, en el cual le ayudaba la marquesa su esposa, como en tiempo de Carlos II habia sido tambien cómplice de un tráfico semejante la condesa de Oropesa.

Además de esto, se conocian las relaciones, aunque se procuraba ocultarlas profundamente, entre el rey y la marquesa de Esquilache.

Por último, los cargos que se le hacian de ser el culpable de la carestía de los artículos de primera necesidad, acababa de hacer de todo punto inmoral y enemigo del país, al marqués de Esquilache.

Particularmente en Madrid, se le aborrecia de muerte.

Como hemos dicho, el bando publicado, entre murmuraciones, amenazas y movimientos alarman-tes, el dia 10 de Marzo, habia producido una sucesion de desórdenes y amenazaba una tormenta.

Esta tempestad se formaba ya en la atmósfera á la vista del gobierno, y se condensaba más de momento en momento.



Todos los dias habia nuevos disgustos, nuevos males, y todos los dias se estremaba el empeño de Esquilache en hacer cumplir aquel malhadado bando, que Carlos III habia tenido al fin la debilidad de consentir.

El rey veia que sus presentimientos respecto á los resultados que produciria aquel bando, no habian sido vanos; pero Carlos III era muy firme de carácter, y una vez publicado el bando en su nombre, no habia medio de hacerle volver atrás ni de obedecer á los consejos de la prudencia.

El Domingo de Ramos, 23 de Marzo de 1766, trece dias despues de la publicacion del bando, y cuando no podia llegar á más la exasperacion pública; el Domingo de Ramos, decimos, á las cinco de la tarde, cuando todo el mundo andaba por las calles de Madrid á causa de la festividad del dia, cuando todas las tiendas estaban cerradas, empezaron á observarse grupos que paseaban por la plazuela de Anton Martin.

Delante del cuartel de Inválidos, que entonces estaba allí, dos hombres (el uno de ellos con sombrero blanco), insolentes y haciendo alarde de contravenir al bando, se paseaban rozándose con la guardia del cuartel.

El del sombrero blanco era el más insolente, el más provocativo.

Llegósele un soldado y le dijo:

—Paisano, ¿por qué no observais lo mandado y no apuntais ese sombrero?

—*Porque no me da la gana,*—contestó redondamente el embozado del sombrero blanco.

—¿Cómo que no os da la gana?—exclamó el soldado echando mano á su sable.—Pues ahora vereis si ha de ser lo que á vos os dé la gana, ó lo que me da la gana á mí.

Entonces el del sombrero se hizo atrás y se terció la capa.

Tiró de la espada, acudió la guardia, silbaron los embozados, y en aquel momento se vieron asomar por las calles contiguas otros muchos embozados, que acudieron al lugar de la contienda.

Se dispararon algunos pistoletazos.

El oficial de guardia retiró la tropa, y la encerró en el cuartel.

Los embozados, espada en mano, marcharon por la calle de Atocha gritando: ¡Viva el rey, viva España, muera Esquilache!

Al mismo tiempo, á todos los transeuntes que encontraban á su paso y que llevaban el sombrero apuntado, les hacian desapuntarlo.

Era aquello una avalancha formidable que se dirigia, casi á la carrera, por la calle de Atocha, hácia la plaza Mayor, en direccion á palacio.

Avalancha que se aumentaba progresivamente con la gente que encontraban al paso.

La tempestad habia estallado, y se desencadenaba.

En la Plaza Mayor se les reunió una multitud, que de la misma manera, y habiendo causado contra

la tropa iguales alborotos, venia de la calle de Toledo y de la plazuela de la Cebada.

Poco antes del oscurecer se habian reunido en la plaza más de cuatro mil hombres, los que se distribuyeron en pelotones, mandados cada uno por dos ó más cabos.

Creyóse en los primeros momentos por el gobierno y por el rey que el motin era casual; pero muy pronto se comprendió que aquel motin habia sido preparado de antemano y lanzado á la ejecucion en el momento oportuno.

Aquella misma tarde se tuvieron pruebas de ello.

A muchos de los insurrectos se les habia visto en las tabernas y en las botillerías convidando á otros y pagando generosamente el gasto.

Hacia dias, desde el 12 de Marzo, se habia impreso clandestinamente un papel, que se intitulaba:

*Constituciones y ordenanzas que se establecen para un nuevo cuerpo que en defensa de la patria ha erigido el amor español.*

Estas ordenanzas constaban de quince artículos, y concluian de esta manera:

«Lo que hemos de pedir se establezca, que sea la cabeza del marqués de Esquilache, y si hubiere cooperado, la del de Grimaldi. Y así lo juramos ejecutar. Fecha en Madrid á 12 de Marzo de 1766.»

Un hombre que iba en un carruaje dejó un gran número de ejemplares de estas ordenanzas á los amotinados que estaban en la plazuela del Angel.

Al regresar de palacio el duque de Medinaceli,



como habia dejado dicho el rey que habia estado á caza en el Pardo, la muchedumbre detuvo su carruaje, y aunque estaba bien quisto en el pueblo por su esplendidez, le sacaron del coche, y llevándole en hombros, le hicieron volver á palacio para que recomendara al rey sus peticiones.

El duque de Medinaceli era entonces caballero mayor.

A poco de haber entrado el duque de Medinaceli en palacio, y estando llena la plaza de éste de gente que lo habia atropellado todo, salió el duque de Arcos, capitan de guardias de corps, á decir á la multitud en nombre del rey que se aquietasen y se retirasen, que todo se les concederia.

Se retiró la gente; pero se fué á recorrer las calles en cuadrillas, rompiendo al paso los faroles del alumbrado público, otra de las reformas de Esquilache.

Y como muestra del ódio que el pueblo tenia á este ministro, más de diez mil sublevados se encaminaron á la casa de Esquilache, que vivia, como sabemos, al extremo de la calle de las Infantas, en la casa que se llama aun hoy de las Siete Chimeneas, y en la calleja del mismo nombre.

La puerta fué forzada.

Mataron un mozo de mulas que con otro criado intentó resistir.

La chusma se esparció por las habitaciones, no estando ya allí, por fortuna suya, ni el marqués ni la marquesa.

El marqués, que habia pasado el dia con algunos

amigos en el sitio de San Fernando, supo al regresar á Madrid que habia estallado el motin, y torciendo por la ronda, se metió en palacio.

La marquesa de Esquilache, que paseaba en las Delicias cuando empezó el motin, se fué apresuradamente á su casa; recogió sus alhajas y se refugió en el colegio de las niñas de Leganés, donde educaba á dos de sus hijas.

Los amotinados, pues, no pudieron hacer otra cosa que quemar los muebles de Esquilache.

De allí se fueron á casa de Grimaldi, que vivia en la próxima calle de San Miguel; pero allí se contentaron con romper las vidrieras.

Una gran parte de la noche duró el desorden, concluyendo por quemar en la Plaza Mayor el retrato del marqués de Esquilache.

Las guardias de corps, las españolas y las walo-nas, única tropa que habia en Madrid, no hicieron nada.

Pero lo que hasta ahora hemos relatado, no era más que la sinfonía, por decirlo así, los preparativos del verdadero motin.

El dia siguiente, 24 de Marzo, desde por la mañana el motin empezó á presentar un carácter más terrible. Ya fuese que les alentase la impunidad, ya movidos por rumores de que se proyectaba castigar-les de un modo severo, los amotinados se dirigieron desde muy temprano al palacio real.

Al querer penetrar por el arco de la Armería, la guardia de palacio, que pertenecia aquel dia al pri-

mer regimiento de la guardia walona, mandado por el marqués de Priego, les hizo fuego.

Aunque apuntaron alto, con la sola intencion de intimidar á la turba multa, cayeron algunas personas, y entre ellas una mujer muerta y herida otra.

Los amotinados conocieron á los soldados que habian matado á la una y herido á la otra, y como tenian un ódio á muerte contra el primer regimiento de la guardia walona, se lanzaron frenéticos sobre la guardia, mataron á pedradas á los soldados que habian hecho fuego sobre las dos mujeres, asieron uno de ellos, le echaron una cuerda al cuello y le arrastraron hasta la Puerta del Sol, donde le pusieron delante de la guardia walona, que tenia la orden de no hacer fuego, y se mantuvo quieta á la voz de su jefe.

Bien es verdad que este jefe era el conde de la Salmedina.

El piquete de la Plaza Mayor no tuvo la misma prudencia.

Tambien es cierto que aquel piquete se componia de walones del primer regimiento; esto es, de walones del marqués de Priego.

Al entrar allí los amotinados con el cadáver, le arrojaron delante de los fusiles de los soldados, exclamando:

«*Ahí teneis á vuestro compañero.*»

El oficial mandó hacer fuego.

Cayeron algunos amotinados; pero en vez de aterrarse por esto, se armaron de piedras, de que enton-



ces habia acopio en la Plaza Mayor, porque se estaba empedrando, y acometieron furiosos á los guardias.

Los dispersaron, se apoderaron de algunos soldados y arrastraron sus cadáveres de una manera horrible por delante de algunos puestos militares, y llevaron á uno de ellos hasta fuera de la puerta de Toledo con el propósito de encender una hoguera para quemarlo.

Todo esto era bastante, y aun sobrado, para sepultar á Madrid en una situacion de pavor.

El rey celebraba en palacio un gran consejo para acordar las medidas que debian tomarse en tan criticas circunstancias.

El duque de Arcos, que mandaba una de las compañías de guardias de corps; el conde de Gazzola, italiano, comandante de artillería; el conde de Priego, teniente general y coronel de guardias walonas, opinaron porque se hiciera uso de la artillería contra los sublevados y se les cargase, acuchillándolos si era necesario, y ametrallándolos en último caso, á fin de restablecer cuanto antes el orden.

Por el contrario opinaban el conde de Salmedina, el marqués de Sarriá, el conde de Oñate, mayor-domo mayor del rey, y el de Revillajigedo, capitán general y presidente del Consejo de guerra.

Los tres últimos fueron de opinion que la clemencia era preferible al rigor.

Aconsejaron al rey satisfaciese al pueblo, porque eran fundadas sus quejas y justas sus reclamaciones

contra los excesos del marqués de Esquilache, que se habia acabado de hacer odioso al pueblo por su bando contra las capas y los sombreros.

En cuanto al conde de Oñate, demostró tal energía, que arrodillándose á los piés del rey y con los ojos llenos de lágrimas, le dijo:—Que antes se despojaria del baston y de todos sus honores y los dejaria á sus plantas, que consentir por su parte y con su voto las medidas de rigor que se proponian.

Se decidió el rey por la prudencia, y dijo se dejase entrar en la plaza de Palacio á cuantos quisiesen.

Los duques de Arcos y Medinaceli, con una escolta de guardias de corps, se presentaron al pueblo, cuya irritacion crecia, manifestándole en nombre del rey que éste accedia á sus reclamaciones.

Pero habiendo indicado que se necesitaba un plazo, la voz de la multitud ahogó la de los comisionados.

—No, no,—gritaban acá y allá.—Lo que pedimos se ha de cumplir al momento, ó esta noche va á arder todo.

Los duques de Arcos y de Medinaceli amenazados, poco ménos que acometidos, se veian obligados á meterse en palacio, donde cundia el terror.

El rey, olvidado de la majestad real, vagaba como un insensato de una á otra parte de su cámara, en medio de sus consejeros aterrados, llevándose las manos á la cabeza y exclamando sin cesar:

—La han tomado con Esquilache, y se engañan.

Esquilache es un pobre hombre. Aquí hay una conspiración odiosa. Esta gente me va á matar.

La princesa de Asturias y el príncipe su marido oían con placer, encerrados en su cuarto, el estruendo del pueblo que gritaba á más y mejor, y se enfurecía de momento en momento excitado por las ventajas que alcanzaba.

Conocía el miedo que reinaba en palacio.

Las puertas estaban cerradas y metido dentro un batallón de guardias, que era cabalmente del segundo regimiento de walones; esto es, del que mandaba el conde de la Salmedina, que como hemos visto, formaba parte del Consejo que rodeaba al rey.

Numerosos agentes, embozados hasta los ojos en las capas y calados hasta los embozos los sombreros, discurrían entre la multitud y atizaban el fuego del motin.

Se hacia correr la voz de que no habia que tener cuidado alguno por el batallón que defendia palacio.

Este batallón no haria más que un simulacro de defensa cuando se echasen las puertas abajo, disparando al aire para cubrir las apariencias, y dejándose fácilmente desarmar.

Se engañaban sin embargo.

El conde de la Salmedina estaba comprometido, es cierto.

Veia, sin embargo, que se usaba de él sin piedad, y se pretendia manchar su honor.

El motin rugia ya como una fiera hambrienta.



Era de temer acometiese á palacio, echase abajo sus puertas y le invadiese.

¡Desdichado destino de los reyes, que no tienen ni padres, ni hijos, ni hermanos, ni más defensa que el leal honor de sus súbditos!

Los príncipes de Astúrias, como hemos dicho, se regocijaban.

Esperaban con ansiedad el ruido de las hachas sobre las puertas de palacio.

Aquello seria el destronamiento de Cárlos III y la exaltacion de Cárlos IV, con cuya aquiescencia contaban los Invisibles, jesuitas ó fracones; ¿qué importa?

Esquilache temblaba; pero en medio de su terror, conservaba su razon serena.

De repente se asió al conde de la Salmedina, le llevó á un ángulo de la cámara, y le dijo:

—Yo sé que no sois mi amigo, señor conde; yo sé cuán interesado estais por su alteza la señora princesa de Astúrias; yo no creo que se cuente con vos para una traicion infame. Considerad, señor conde, la situacion en que se encuentra ese pobre señor, que no tiene otra esperanza que las bayonetas de vuestros soldados. Olvidad que sois mi enemigo, señor conde...

—¡Vive Dios! ¿Quién os ha prestado osadia para suponer que, entregado á mi su majestad, yo no defenderé á su majestad hasta perder la vida? Callaos, y no tomeis en vuestro miedo pretexto para insultarme.

El conde de la Salmedina atravesó violentamente la cámara, tropezando casi con el rey, aterrando á éste y á los cortesanos, que en la salida enérgica del conde comprendieron que el asalto del palacio por el pueblo era inminente, puesto que el conde iba demudado y echando mano á su espada, como quien desde la puerta misma de la cámara real iba á poner en órden de combate á su tropa.

En efecto, al llegar á la antecámara el conde tiró de su espada.

La antecámara y la saleta estaban llenas de guardias de corps armados de carabinas, con su teniente coronel al frente.

—Caballeros,—dijo el conde,—yo creo poder impedir que esos furiosos lleguen hasta aquí. Si llegan yo habré muerto. Cumplid vosotros con vuestro deber.

Y sin esperar respuesta, salió á la sala de armas.

Allí, y á la subida de las escaleras, se agrupaban los alabarderos.

—Firmes, señores,—exclamó el conde, atravesando por en medio de ellos espada en mano.—Que no pasen de aquí sino sobre vuestros cadáveres. ¡Viva el rey!

Y se precipitó por las escaleras.

El descanso de estas y el primer tramo estaban ocupados por una compañía del primer batallón del regimiento de Salmedina.

—Soldados,—dijo éste al pasar,—el momento se acerca. Que un huracan de plomo detenga los rebeldes.



Y bajó rápido, magnífico, trasfigurado, las escaleras, dejando á sus soldados la influencia de su valor.

Tres compañías del mismo batallón, mandadas por el ayudante mayor del regimiento, y con la bandera, se escalonaban en el ancho vestibulo y á la subida de las escaleras.

Golpes de hacha empezaban á oirse en la puerta del centro de la fachada principal.

—Señor marqués de Someruelos,—dijo Salmedina dirigiéndose al ayudante mayor,—que nuestros soldados sean una muralla contra la cual se estrelle la sedicion.

Y sin detenerse, se lanzó en el patio.

Allí habia dos compañías formadas en batalla.

El conde las arengo enérgicamente y de una manera breve al pasar, y se lanzó al vestibulo de la puerta del Príncipe, donde el teniente coronel marqués de Dos Puentes estaba con el resto del batallón.

—Amigo mio,—le dijo Salmedina estrechándole la mano,—estad prevenido para salir en el momento y coger entre dos fuegos á los amotinados. Esto es demasiado ya; hemos podido mostrarnos blandos con el motin mientras solo se trataba de Esquilache; pero ahora se trata de su majestad, y sobre todo de nuestro honor.

—¡Vive Dios!—exclamó el marqués de Dos Puentes,—que ya hubiera yo salido y los hubiera deshecho á bayonetazos. Esa gente está alentada por la impunidad, puede decirse que no se la ha combatido.



Por la parte de afuera, sobre el pretil, tenemos dos baterías que han impedido que cargue por aquí el tumulto. Dejemos, si os parece, confiando la guardia de Palacio á los alabarderos y á los guardias de corps por la parte principal, y salgamos con todo el batallón y una batería, y cojamos de flanco á los amotinados; esto durará tres minutos. Al diablo la canalla.

—Es que no todo es canalla,—exclamó Salmédina;—es que delante de palacio ruje el pueblo entero de Madrid, irritado con razon contra Esquilache. Esperemos, esperemos un momento; apuremos la prudencia, evitemos un lance que podria ser formidable y dar al traste con todo. Esperad, pero estad prevenido.

Y se separó del marqués.

Nadie había oido esta conversacion.

El marqués escribió rápidamente en su libro de memoria estas palabras:

«Haced que cesen las hostilidades del pueblo; concededme una tregua, y venid á hablar conmigo.»

El conde rasgó la hoja en que habia escrito estas palabras, y la dobló.

Luego asomó la cabeza á la porteria, y dijo:

—Baltasar, aquí.

Nuestro insigne Baltasar se acercó á su amo.

Estaba allí, sin duda, esperando órdenes.

—Vas á salir,—le dijo el conde.—En el ángulo de palacio, sobre la calle de Requena, encontrarás un embozado con sombrero de castor blanco; ese embozado, Baltasar, es mi padre político, el marqués

de Letour; dale ese papel, y dile de mi parte que le haga llegar á quien sabe, y vuélvete.

El conde hizo abrir el postigo de la puerta, y Baltasar salió.

El conde se quedó paseando detrás de la puerta. Diez minutos despues llamaron á ésta.

El conde habia notado que progresivamente el ruido del tumulto se hacia ménos terrible.

Sin duda su papel habia llegado á manos de aquel á quien iba dirigido, y se le concedia la tregua que pedia.

Se abrió la puerta, y Baltasar entró con un embozado.

La puerta volvió á cerrarse.

---

## Capítulo XXXI.

De como en aquellos tiempos se echaba siempre mano de los frailes para situaciones extremas.

No solamente estaba embozado hasta los ojos el encubierto que habia venido con Baltasar, sino que entre el ala del sombrero y su embozo se veia un antifaz cubriendo su semblante.

El conde se comprometia demasiado dejándose ver por sus soldados y sus oficiales, en una situacion tal, en inteligencia con los de fuera.

Pero hay situaciones en que un hombre enérgico no puede detenerse ante nada.

El conde tomó por una puerta, á la derecha del vestíbulo de la puerta del Príncipe, seguido del misterioso embozado, y subió por unas escaleras.

Abrió la mampara, y entró en una ante-oficina en que habia algunos empleados.



—Salid,—dijo el conde.

Aquel día era jefe de parada, y además era conocido y muy respetado en palacio.

Los empleados salieron.

El conde abrió una mampara, asomó la cabeza y dijo á unos empleados que estaban atortolados en una especie de despacho:

—Salid, señores, yo os lo ruego.

Los empleados salieron temblando.

El conde tenía aún la espada en la mano, y estaba demudado y pálido.

Una vez solos el encubierto y el conde, éste cerró la mampara del ante-despacho, hizo entrar al encubierto en el despacho, cuya mampara cerró también.

Estaban solos, y no podía oírlos ni verlos nadie.

El encubierto se desembozó de una manera violenta, y se arrancó el antifaz.

Era el padre maestro don fray Lorenzo.

Aparecía irritado, sombrío, amenazador.

El conde había envainado su espada, y se había quitado el sombrero.

El padre maestro se lo quitó también, y dejó ver una gran peluca empolvada.

—¿Qué significa esto?—preguntó con voz concentrada y terrible.—Este papel que he recibido es muy extraño: ¡desobedeceis!

—Yo no soy,—contestó con firmeza el conde,—entre vuestras manos bastante cadáver para ser indiferente á la muerte de mi honor.





MOTIN DE ESQUILACHE.—Era el padre maestro don  
fray Lorenzo.







—¿Y qué es el honor de un hombre cuando se trata de los destinos de la humanidad?—replicó con severidad el dominico.

—Padre maestro, —contestó el conde, —siento mucho deciros que se me pide demasiado, y que yo creo inútil una exageracion semejante. Teneis sobrados medios contra Cárlos III para que os sea necesario llevar las cosas á un extremo tal.

—Cuando se puede acabar, se acaba; las vacilaciones en politica son siempre funestas; no se debe dejar rehacerse á los tiranos cuando se les tiene de través. Sobre todo, yo no comprendo esto; vos discutis, y toda discusion respecto á una orden nuestra, es una rebeldía.

—Vos comprendereis, padre maestro,—dijo con sangre fria el conde,—que no hay peligro que aterre á un hombre de corazon. La muerte, ¿y qué es la muerte? Vos lo comprendeis bien, padre maestro; siento deciroslo, pero esa es una amenaza ridicula cuando se trata del conde de la Salmedina.

—¡Siempre los fanatismos,—exclamó el dominico,—oponiéndose á la marcha de la humanidad! Montañas de arena, á las cuales no se las puede hacer volar como á las montañas de granito. ¡El honor! ¿Y qué es el honor? ¡Un fanatismo! Pero ese fanatismo hace mártires, y esos mártires tienen plomo y bayonetas. ¿Sabeis que vos, con vuestro fanatismo de honor, oponéis un obstáculo invencible por el momento á un triunfo decisivo? sin vuestra loca resistencia... yo sé bien lo que son las masas popula-

res, yo sé bien que esta fortaleza que se llama palacio, preparada hábilmente para la defensa, es inviolable, inexpugnable defendida por vos y por soldados como los vuestros.

—¡Padre!—exclamó el conde.—Yo he hecho ayer cuanto me ha sido posible, y he contenido á mi tropa bajo el pretexto de que no tenia órdenes, cuando arrastraban delante de ella cadáveres de soldados despedazados. Y yo no necesitaba órdenes: hay situaciones que por sí mismas son una orden terminante y perentoria. A mí me repugnaba aquel horror; me irritaba la osadía de la canalla envalentonada, que se atrevia á arrojarlos á la cara aquellos miserables despojos, y permanecia inmóvil. Y esto que la cólera me ardia en el corazon y se me subia á la cabeza. He hecho cuanto podia hacer; estaba con vosotros, y os he servido. Con sólo mi primer batallón, que yo tenia en la plazuela de Santo Domingo, he podido vencer en media hora el tumulto; sin embargo, el tumulto ha crecido, el tumulto ha llegado hasta palacio; un hombre confiado á mi guardia y á mi honor tiembla. Seré fanático, todo lo que querais; pero á costa de todo, padre maestro, yo defenderé al rey.

—Capitulemos pues,—dijo el padre maestro con una frialdad espantosa.—El hombre os estima, señor conde; pero el sectario os odia, porque os levanta delante de él como un obstáculo invencible, esterilizando una situacion decisiva. El hombre, tratándose de vos, puede más que el sectario; pero no abuseis,

señor conde, no impongais condiciones demasiado duras. Yo cubriré vuestra desobediencia faltando á mi deber; pero con ciertas condiciones. Es necesario que el rey ceda, es necesario que deponga á Esquilache y que llame á sus consejos al conde de Aranda; es necesario que el rey otorgue las peticiones del pueblo, y que salga al balcon á satisfacer al pueblo. Ya que hoy no le destronamos, hagámosle sufrir una humillacion. Un rey humillado, ya no es rey; esperaremos. Yo no sé cómo disculparos entre nosotros; pero sea como quiera, si vos determinais la caida de Esquilache y su castigo, la satisfaccion á la opinion pública y la elevacion del conde de Aranda, nosotros seguiremos considerándoos como nuestro hermano. Pero no hay momento que perder: ni una palabra más. Lo que hemos convenido es necesario que se realice en el momento. Vámonos; yo voy á buscar un fanático que tiene una gran popularidad, para empezar por calmar la multitud irritada. Nosotros, con todo nuestro poder, apenas si hemos podido contenerla. Salgamos, pues. Haced vos por dentro todo lo que podais; y si no llegamos á un buen acomodo, obrad como os parezca, y no os quejeis luego de las consecuencias, conde.

Salieron.

El dominico se lanzó fuera de palacio.

El conde se volvió á la cámara real.

El dominico, en vez de tirar hácia la plaza de palacio, donde seguian los gritos, ó más bien los aullidos del motin, aunque más calmados, se dirigió al



inmediato camino del convento de San Gil, donde habia un frailote que se habia hecho muy popular por sus sermones predicados en las plazas, y que se llamaba el padre Cuenca.

Don fray Lorenzo, conservando su incógnito, le dijo que el motin habia tomado un carácter muy grave, que no solamente amenazaba al marqués de Esquilache, sino que el rey estaba en peligro; que él y sus amigos, aunque enemigos de Esquilache, no eran enemigos de su majestad; que no tenian influencia bastante para contener al pueblo, y que era necesario que él, que tanta influencia sobre el pueblo tenia, fuese á calmarle.

El padre Cuenca se preparó para el asunto.

Se puso una corona de espinas.

Se echó una soga al cuello, tomó un crucifijo, y con esta facha y acompañado de algunos padres de San Gil y como en procesion, se presentó en la plaza de palacio, donde algunos fanáticos adeptos suyos le levantaron en hombros para que la multitud le viese bien, y en esta posicion empezó á exhortarla, diciéndola, que en él tenia la viva imágen de Jesucristo, que le habia mandado fuese á apaciguarla en caridad con las buenas razones de que para este efecto le habia provisto el Espiritu-Santo.

Metióse luego en largas consideraciones, cuya conclusion vino á ser que los pueblos que se rebelan contra el rey su señor, imágen de Dios sobre la tierra, y contra los que el rey, inspirado por la celeste sabiduría, levanta para que gobiernen, no tienen per-

don de Dios, ni pueden ser por Dios ayudados, ni libertarse de los tremendos castigos de su rebelde inobediencia.

El que estaba verdaderamente dejado de la mano de Dios, era el bendito padre Cuenca.

Porque apenas salió con su extraña conclusion, cuando un desapacible concierto de silbidos, de aullidos y de imprecaciones le cortó la palabra.

El pueblo es un soberano como otro cualquiera cuando puede serlo.

Como todos los soberanos, propende á la tiranía y no puede sufrir que se le contradiga.

Y como esperaba que el padre Cuenca, su ídolo de plazuela, le diese la razon, y se encontró con que se la quitaba, desde aquel punto y hora le destronó de su popularidad.

Un carnicero de la plazuela de Herradores, que blandia una formidable estaca, le dijo con una voz que tenia en su timbre algo del bramido del toro, con ribetes de aguardentosa:

—Déjese de predicarnos, padre, que cristianos somos por la gracia de Dios, y lo que pedimos es cosa justa.

Y como al mismo tiempo zumbasen algunas pedadillas, ó sopas de arroyo, ó lágrimas de San Pedro, ó piedras, como mejor queramos, en torno de su paternidad, éste, comprendiendo que habia tomado mal camino y asiendo por la cola su popularidad que se le escapaba, exclamó:

—Eso digo yo, hijos, que teneis razon, muchísima razon; sino que no me habeis dejado concluir;

que si bien he dicho yo que á los rebeldes y á los traidores contra el rey su señor no puede Dios ayudarles, ni dejar de castigarlos, voy á decir en seguida lo que no he podido decir porque me habeis interrumpido; esto es, que vosotros estais muy lejos del caso de rebeldia y traicion, y que si bien Dios castiga á los que sin razon se vuelven contra su rey, no puede ménos de ayudar, combatiendo con ellos, á los que se levantan como vosotros contra la tirania y la injusticia; y que, por otra parte, quien desoye la voz del pueblo es hereje, porque la Escritura ha dicho que la voz del pueblo es la voz de Dios; y quien no oye y acata la voz de Dios, es un protervo condenado, cuya alma arderá en los infiernos por todos los siglos de los siglos, amen.

Cambióse el viento popular, y lo que antes fué silbidos y pedradas se convirtió en ovacion y aplauso.

El padre Cuenca recobraba su gran popularidad, por un momento perdida.

—Pero como la prudencia, hijos míos, nunca es dañosa,—continuó el padre Cuenca, cuando hubo pasado aquel segundo tumulto,—y pensando sólo en economizar vuestra preciosa sangre, que están dispuestos á verter los verdugos del mal aconsejado rey nuestro señor, yo mismo, exponiendo mi vida, que nada importa, iré á hablar á su majestad en nombre vuestro, y espero que todo se arreglará como conviene al servicio de Dios. Pero decidme qué es lo que pedis, que yo no lo sé bien, á fin de que yo le suplique á su majestad.



Entonces uno, al parecer clérigo, que estaba entre la multitud, se proveyó como pudo de un papel y de un lápiz, y despues de una ligera conferencia con algunas de las principales cabezas del motin, entre los cuales se encontraba el padre maestro don fray Lorenzo, aunque muy encubierto y muy desfigurado, escribió las peticiones siguientes:

Primera. Que se desterrase de los dominios de España al marqués de Esquilache y á su familia.

Segunda. Que no hubiese sino ministros españoles en el gobierno.

Tercera. Que se extinguiese la Guardia walona.

Cuarta. Que se bajasen los comestibles.

Quinta. Que se suprimiese la junta de abastos.

Sexta. Que se retirasen las tropas á sus respectivos cuarteles.

Sétima. Que se conservase el uso de la capa larga.

Octava. Que su majestad se dignase salir á la vista de todos para oír de su boca la palabra de satisfacer y cumplir las peticiones.

El padre Cuenca las leyó con voz estentórea y en medio de un entusiasmo infinito.

El pueblo las aprobó con sus vitores.

El padre Cuenca fué llevado á palacio en hombros por la puerta del Príncipe, la cual no se abrió sino despues de muchos parlamentos y requisitos.

Entre tanto, el conde de la Salmedina hacia lo que podia en la cámara real.

Habia dado un paso aventuradísimo, y antes de

que volviese á la cámara se sabia ya en ella que habia franqueado la entrada en palacio á uno que parecia cabeza de los rebeldes, y se habia encerrado á conferenciar con él.

El mismo rey, cuando el conde hubo entrado en la cámara, le hizo severamente cargo de esto.

—Yo, señor,—contestó con firmeza el conde,—no he hecho otra cosa que cumplir con el deber que mi lealtad me impone, buscando un sesgo á estas difíciles circunstancias, y procurando impedir que la situacion llegue á tal extremo que no pueda tener remedio; que aunque yo tengo confianza en mis soldados y en mí, y seria necesario pasasen sobre nuestros cadáveres para llegar hasta vuestra majestad los rebeldes, tal podria acontecer que nuestro sacrificio fuese inútil; y como es cosa vista y manifiesta que los amotinados no cederian sino con la deposicion del señor marqués de Esquilache, que con sus reformas, especialmente la última, ha causado la indignacion de los españoles, yo suplico al marqués de Esquilache que él sea, que no yo, el que aconseje á vuestra majestad el partido que debe tomarse.

—Yo estoy dispuesto á sacrificar mi alma y mi vida por vuestra majestad,—dijo el marqués de Esquilache, que temblaba todo.

—Ya, ya sabia yo por qué me oponia á este desdichado empeño contra los mantos, las capas y los sombreros,—dijo el rey, que estaba irritado, porque tenia tambien miedo, y el miedo le obligaba á doblegar la hasta entonces indómita fiereza de su carác-

ter.—Esto es grave, muy grave: ¿qué dices tú, Esquilache?

—Digo, señor, que estoy dispuesto á sufrir todas las consecuencias que sobre mí traiga mi lealtad á vuestra majestad.

Consultados por el rey los que entonces constituían su consejo, declararon que era de todo punto necesaria una transacción con el deseo popular; pero de tal manera que la majestad real no quedase hollada.

Recibióse entonces el mensaje de que el padre Cuenca, enviado por el pueblo, deseaba hablar con el rey.

Mediaron algunas formalidades, como ya hemos dicho, y al fin el padre Cuenca entró en la cámara con su corona de espinas en la cabeza, la soga al cuello y el crucifijo en la mano.



## Capítulo XXXII.

**Continúa la primera parte del motin contra Esquillache.**

Arrodillóse el frailote á una respetuosa distancia del rey, que se apresuró á levantarle, diciéndole que él no podia permitir que una tal representacion de Jesucristo se arrodillase ante él.

Al alzarle le besó respetuosamente la mano.

Y eso que Cárlos III era terriblemente antipapista y no muy favorecedor del clero.

—Sacra católica real majestad,—dijo el padre Cuenca,—yo el último y el más indigno de los siervos de Dios, á vuestra majestad vengo enviado por su leal pueblo de Madrid, que no contra vuestra majestad, sino contra los excesos de los ministros de vuestra majestad se vuelve.

Tragó el rey saliya, y Cascajares, que enviado por la princesa se habia pegado á la puerta de la cámara y escuchaba, se tragó la más enorme de sus nueces, produjo el más monstruoso de sus guiños, y dijo para sí medio atragantado:

—Bien ha hecho el padre Cuenca en venirse ya con la soga al cuello, porque me parece á mí que de esta hecha el rey le ahorca sin que le valga lo de gilito, que tambien á los gilitos se les aprieta el pasapan. Buena la tenemos: ya veremos por dónde salimos. Antójaseme que va á haber palo á muerte hasta para las ratas.

El padre Cuenca habia continuado:

—Los reyes, sacra y católica y real majestad, no son los elegidos y los ungidos del Señor para permitir que ministros voraces despedacen y estrujen y chupen á los reinos que Dios ha puesto bajo sus manos, sino para que los gobiernen con justicia; y tenga en cuenta vuestra sacra católica y real majestad, que quien le habla no es un humilde sacerdote, sino este divino Señor de cuyo sacratísimo costado brota la sangre redentora que ha vencido al infierno salvando al hombre; y delante del divino Cristo crucificado no hay majestades ni potencias, ni más que humo, cenizas, polvo, nada.

—Creo en Dios,—dijo Cárlos III, no acertando á decir otra cosa; pero terriblemente irritado y terriblemente pesaroso por no poder ahorcar á aquel insolente fraile, que de tal manera le daba con el Cristo en las narices.

Cascajares habia hecho un gesto de epiléptico, y habia exclamado:

—Dios te ayude, hermano.

Al conde de la Salmedina no le llegaba la camisa al cuerpo.

Conocia bien á Carlos III, y sabia hasta qué punto era estúpido é imprudente el padre Cuenca.

Carlos III, aunque no lo parecia, era un déspota sombrío, y Salmedina le veia luchar para contenerse.

El padre Cuenca conoció tambien que habia errado el camino, y doblando la hoja ante el rey, como antes la habia doblado ante el pueblo:

—Cuando yo he hablado, señor,—dijo,—de reyes ciegos y de ministros nocivos, ha sido para venir á la gran diferencia que existe entre los reyes, que Dios permite alguna vez para castigo de la humanidad, y el sábio, justo y benéfico señor que por fortuna de España y por favor de Dios rige los destinos de esta católica y heroica nacion; y al hablar de ministros soberbios y rapaces, no lo he hecho sino para que resalten más los méritos de los actuales consejeros de vuestra majestad, que con su sabiduría y su experiencia á vuestra majestad ayudan en la onerosa y difícil tarea del gobierno de estos dilatadisimos reinos. Pero acontece á veces, señor, porque Dios lo permite, que el enemigo de toda paz y concordia y de toda virtud, el malo que nunca reposa, Satanás, el condenado, se mete entre los pueblos y los agita, y hace necesaria toda la prudencia y toda la sabiduría de los benéficos



reyes, cuyo amor la popular ceguedad desconoce por un momento; y visto que la clemencia es uno de los mayores atributos de un monarca, yo, humildísimo súbdito de vuestra sacra católica y real majestad, con el corazón abierto y brotando sangre que sale en raudales de lágrimas por mis ojos... (y el fraillote gimoteaba), á vuestra majestad católica y sagrada suplico que, para evitar los gravísimos males que en estos momentos amenazan, oiga las peticiones que conmigo traigo escritas en este papel.

—Mejor hubiera sido empezar por eso,—dijo desde su acechadero Cascajares.

—Leed, en fin, padre,—dijo el rey.

Se entraba en materia.

Las peticiones fueron leídas.

Se discutió acerca de ellas, y al fin el padre Cuencana volvió entre el pueblo con la noticia de que su majestad otorgaba las peticiones, ménos la de presentarse él al pueblo para empeñarle su palabra, porque la presentacion no se creía prudente, á causa del estado de agitacion en que se encontraban los ánimos.

Pero que el rey aseguraba, bajo su palabra real, la ejecucion de aquellas peticiones, y que tres alcaldes de casa y córte saldrían á publicar ciertas providencias que se decretaban por el momento.

Salieron á poco tres alcaldes de casa y córte con escribanos, alguaciles, trompetas y timbales, y leyeron un cartel, haciendo fijar ejemplares de él, en cuyo cartel se rebajaban dos cuartos al pan, al tocino, al aceite y al jabon, que estaban muy caros.

Pero el pueblo tenia la cuesta arriba, y no cedió.

Arremetieron á los alcaldes, que se pusieron en fuga y se vieron negros para salvarse, arrancando en presencia de ellos los carteles.

El tumulto, teniendo en medio de sí levantado por algunos hombres al padre Cuenca, volvió á hacerse espantoso.

Se acometió de nuevo con hachas la puerta de palacio.

Penetró de nuevo en él el terror.

Llamóse otra vez al padre Cuenca.

El rey, ya completamente domesticado, se asomó al balcon principal rodeado de su córte, teniendo junto á sí al padre Cuenca con su corona de espinas, su sogá al cuello, el Cristo en la una mano y el papel de las peticiones en la otra.

La monarquía estaba una vez más en ridiculo, y en un ridiculo negro, dominada y escarnecida por el pueblo.

Y esto cuando las ideas democráticas no andaban aún por nuestro moderno mundo.

La Plaza de Palacio estaba henchida de una multitud terrible, que vociferaba de una manera espantosa, que aullaba, que rugía, que silbaba.

Pero á una señal que con el Cristo hizo el padre Cuenca, aquella agitada multitud calló de tal manera, que hubiera podido oirse el suspiro de un niño.

En seguida el padre Cuenca, con voz clara y potente, empezó á leer las peticiones.

A cada una que leía, Carlos III contestaba con la voz clara y sonora:

—Concedido y asegurado con mi palabra real.

Y cada vez que esto decía el rey, una aclamacion inmensa, una aclamacion de júbilo, salia de las bocas de la muchedumbre.

Carlos III probaba lo que nunca habia probado, la calorosa ovacion de la multitud.

Sin embargo, el rey se veia obligado á hacer poderosos esfuerzos para que no le subiese al semblante la cólera, y á cada aclamacion murmuraba:

—Hoy es esto, pero mañana será otra cosa.

Pueblos imbéciles, que creen en la buena fe de las concesiones de los soberbios humillados.

La situacion para el rey era en verdad terrible.

Respecto á la situacion en que entonces se encontró el rey, el conde de Fernan-Núñez, autor del *Compendio de la vida de Carlos III*, dice entre otras cosas lo siguiente:

«Yo, que no me aparté de allí en todo el dia, salí con su majestad, y sólo habia entre él y yo el confesor; mientras estuvo oyendo las proposiciones que un caleseruelo, con chupetin encarnado y sombrero blanco (que no se borrará de mi imaginacion en toda mi vida) le estuvo haciendó desde abajo, como orador encargado por el pueblo para la exposicion de todas sus proposiciones.»

Si Carlos III hubiera podido sobreponer su razon á su soberbia humillada, hubiera visto que en aquellos momentos en que el pueblo le vencia, en que le



hacia pasar bajo las horcas caudinas y le obligaba á conceder lo que nunca sino por la fuerza y por el terror hubiera concedido, era cuando el pueblo le amaba.

El pueblo es el eterno tonto, permitasenos la frase, á quien nadie engaña, porque no hay necesidad de engañar á quien se engaña á sí mismo.

El pueblo de Madrid no vió en la salida del rey al balcon, en la concesion del rey á todas las peticiones, una muestra de miedo, una cobarde humillacion, en una palabra: una accion vergonzosa, más aún, asquerosa, porque es asqueroso que aquél á cuyo poder no se contesta abuse de su poder, y cuando á sus excesos se opone una sublevacion amenazadora sucumba, se humille, se degrade, y consienta de miedo en lo que irrita su soberbia y le hace sentir una rabiosa venganza.

No, el pueblo de Madrid no vió nada de esto el 24 de Marzo de 1766.

Lo que vió, lo que creyó, fué que el trono formaba una alianza con el pueblo;

Que el rey, engañado por sus ministros, conocia al fin el engaño y hacia justicia al pueblo;

Que el pueblo y el trono desde entonces podian buena y lealmente entenderse.

Muy pronto debia desvanecerse este error; muy pronto una intemperancia de Carlos III, una impolitica barbotada de soberbia debia probar al pueblo que se habia engañado.

La multitud, poco antes tan amenazadora, se re-

tiró llena de júbilo de la Plaza de Palacio, y se extendió por las calles de Madrid vitoreando al rey.

Aquella noche los vencedores manifestaron su contento á la española, y con arreglo al espíritu y al fanatismo de aquellos tiempos.

Recogieron todas las palmas benditas que pudieron de la pasada festividad del inmediato Domingo de Ramos, y con ellas se fueron al convento de Santo Tomás (advíertase esto bien), donde les esperaban los religiosos en comunidad, apareciendo entre los primeros el padre maestro don fray Lorenzo; se formó una larga procesion de todos los amotinados y de los que no lo habian sido, llevando cada uno de ellos una palma y un cirio encendido; seguian todas las comunidades de Madrid y las parroquias con estandartes y faroles; yendo, por último, y como en el lugar de la presidencia, los dominicos de Santo Tomás, llevando en andas una imágen de la Virgen que se habia sacado de una capilla de la misma iglesia.

Era una procesion larguísima, infinita.

Todas aquellas miles de bocas cantaban en coro el Rosario, como dando las gracias á la Virgen María por haber sacado á los españoles de un estado de cosas imposible, intolerable.

Aquello era la expresion del sentimiento del pueblo.

Aquello era conmovedor.

Los españoles expresaban su sentimiento en el lenguaje que sabian, y despues de haber combatido por su libertad, se volvian á Dios.